



*María Teresa*

María Teresa León

# TEATRO

*(La libertad en el tejado • Sueño  
y verdad de Francisco de Goya)*

*Edición, estudio introductorio y notas*

*de*

Manuel Aznar Soler

SEVILLA  AÑO 2003

RENACIMIENTO  
BIBLIOTECA DEL EXILIO

## BIBLIOTECA DEL EXILIO

Comité editorial

MANUEL AZNAR SOLER, ISAAC DÍAZ PARDO,  
JOSÉ ESTEBAN Y ABELARDO LINARES

Comité asesor

XESÚS ALONSO MONTERO, XOSÉ LUIS AXEITOS,  
CARLOS BLANCO AGUINAGA, FRANCISCO CAUDET,  
RAFAEL CONTE, NIGEL DENNIS, EULALIO FERRER RODRÍGUEZ,  
JOSÉ-CARLOS MAINER, ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ, JAMES VALENDER

## INTRODUCCIÓN

© Diseño de cubierta: Juan Vida

© de la introducción y notas: Manuel Aznar Soler

© Herederos de María Teresa León

© 2003. Editorial Renacimiento

---

Depósito Legal: S.518-2003

ISBN: 84-8472-099-3

Impreso en España

Printed in Spain

PERSONAJES

MADAME PIMENTÓN

MARICASTAÑA

LA CHICA

LA SONÁMBULA

LA RAZÓN

SABELOTODO

EL HOMBRE

EL OTRO HOMBRE

EL MUCHACHO

HOMBRE PRIMERO

HOMBRE SEGUNDO

*La libertad en el teatro*

---

## ACTO PRIMERO

**L** A acción, en nuestros frágiles tejados. Época actual<sup>1</sup>. Un ligero humo de cocina sube por una de las chimeneas. Las restantes, que se destacan en el primer cielo nocturno, están sin aliento. SABELOTODO, pobretón insatisfecho, aspira y tose.

SABELOTODO.— Hoy, si mis recuerdos sensoriales funcionan, hay carne en el segundo. ¡Dios se lo tenga en cuenta junto a sus pecados! (*Aspira, pasa los dedos sobre el humo y se los chupa*) ¡Desde hace cuánto tiempo hemos dejado de comer carne humana? ¡Oh, dulces costumbres abolidas! ¡Carne, cortada suavemente por delgados cuchillos de director! ¡Carne sonrosada y crujiente con piel de mejilla veraniega chamuscadita! ¡Carne! (*Se asoma más, casi delirante, a la chimenea*) ¡Carne! ¡Oh! ¡Oh!

MADAME PIMENTÓN.— (MADAME PIMENTÓN, *asomándose por la guardilla con todo su estrafalario atavío y sentándose en un silletín, como hacen popularmente los madrileños en agosto, con su abanico, su cesta, su botijo y su perro*) ¡Las barbas, por favor,

---

<sup>1</sup> La obra, como explico en el estudio introductorio, creo que fue escrita por María Teresa León en su exilio argentino hacia finales de los años cuarenta.

las barbas! Se le socarrarán y luego de crecidas no podremos venderlas.

SABELOTODO.— Pimentoncita, déjame referirte lo que absorbo de placeres prohibidos para esta ciudad guardada por la Hidra del hambre; déjame describirte la fatiga de una digestión satisfecha, el hartazgo de los malditos.

MADAME PIMENTÓN.— (*Sacando la calceta y cantando*)

Con el capotín, tin, tin, tin,  
que esta noche va a llover.

Y yo no salgo. ¡Vaya! Me quedo al airecito en mi cuestecita bien sentada, (*Rápidamente deja la calceta y saca mendrugos de un cestillo que desmiga*) preparando mi buen banquete.

Con el capotín, tin, tin, tin,

mi buen banquete de Pascua. Porque hoy es la Pascua.

SABELOTODO.— Lo sé. La carne volatilizada que absorbo es de cordero. También respiro algunas buenas lonchas de jamón entremezcladas a algún vil cochinillo.

MARICASTAÑA.— (*Apareciendo por la guardilla, envuelta en un fino chal, que sacude*) ¿Cochinillo dices? ¡Pobres! Siempre los veo con su traje rosa y su perejil en el morrito. Parecían ángeles rodeados de lechuga. Oh, ¡qué tiempos!

SABELOTODO.— (*Acercándose cariñoso a la vieja y tomándola por el talle*) Primor mío, condesa y dueña mía. ¿Ya has vuelto? Siempre tu ausencia me oprime la cintura de sollozos. ¿Traes algo?

(*Se sientan juntos en el declive*)

MARICASTAÑA.— Y aún algos. Mira qué pantalón me alcanzaron de la casa de la Sangre. Hay inquilinas nuevas, que son a las que he visto, y un inquilino, el padre, a quien le sobran estos pantalones.

SABELOTODO.— ¿Gente de tropa?

MARICASTAÑA.— De trago, de fiesta y carcajadas me parecieron, porque también me obsequiaron con tres botellas.

MADAME PIMENTÓN.— (*Levantándose apresurada*) ¿Llenas?

MARICASTAÑA.— (*Retirándose*) Dame de tu caldero y te doy el fondo de ésta, que trae mucho.

SABELOTODO.— (*Interviniendo*) Calma, calma, son bienes gananciales. Me pertenece.

(*Los dos se abalanzan a la botella con riesgo de rodar por el declive*)

MARICASTAÑA.— (*Alborotando*) ¡Sus, golfa, colchón, cáscara dura! ¡Regresa a tu palomar! (*Ríe*) ¡Te estaba ofreciendo la que dice: petróleo! (*Al marido*) Espera, pichoncito, ésta tiene un recuerdo de ron y ésta de malvasía. Toma, (*A SABELOTODO*) casi va media. (*Alarga la otra botella a*

MADAME PIMENTÓN, *quien se la guarda apresuradamente.*  
*Todos se sientan en los tejados*)

SABELOTODO.— ¡Rico!

MARICASTAÑA.— (*Que se ha soltado las trenzas y se peina*) ¡Rica, antes me llamabas rica...!

SABELOTODO.— Ahora con la boca enjuagada puedo escupir a gusto sobre la coronilla de la ciudad. ¿Has oído qué bulla? Los fogones fríos y los corazones calientes. ¡Bailes! Para eso sí que hay pies. Me da risa el bulle-bulle que se traen, me desencuaderna. No lo puedo resistir. ¡Dios Santo!

MARICASTAÑA.— Bailan con una mano sobre los ojos. Yo los he visto.

SABELOTODO.— ¿Sobre los ojos? Así, ciegos, se tropezarán con las narices del vecino. Pero lo que hay que tener no es vecino sino prójimo. Tal vez les dé vergüenza verse.

MADAME PIMENTÓN.— En mi tiempo se bailaba el can-can. (*Intenta levantarse y baila pesadamente*) Así, pero con el pie aquí. Mis pies eran dos golondrinas. (*Cae pesadamente. LOS VECINOS se abalanzan*)

SABELOTODO.— ¡Eh, no ruedes! ¡Abajo está la calle!

MARICASTAÑA.— (*Riéndose y sujetándola por la falda*) ¡Pero ella la conoce bien! Vamos, hija, calma tus recuerdos.

SABELOTODO.— Y no enseñes las piernas.

MARICASTAÑA.— De noche todas las piernas son pardas.

SABELOTODO.— Lo que es la derrota de las piernas.

MARICASTAÑA.— Ella las mantuvo tanto tiempo bailándolas que...

MADAME PIMENTÓN.— Mochuelos, cenicientos mochuelos, creéis que yo soy la alcuza y vais a pringar vuestra miseria. Pero aquí se montan las brujas y aquí se hila el copo.

SABELOTODO.— ¡Buenos panes te encuentras con los viejos perniles! (*Le zarandea las sayas*) Sacude las sayas, mujer, puede que caiga alguno para tus vecinitos.

MADAME PIMENTÓN.— Diré al sereno lo que decís de sus cuernos.

SABELOTODO.— Y a la luna puedes escribirla sobre los suyos.

MARICASTAÑA.— ¡Raposa!

SABELOTODO.— Trae lo que tengas.

MADAME PIMENTÓN.— ¿Grito? ¿Mira que si grito?

SABELOTODO.— Pues no oye nadie. ¡Grita todo tanto! Está cada uno cosido a su vociferar, a su necesidad de olvidarse rápidamente. Me asombra estar aquí y no haberme ya tirado tejado abajo alguna mañana.

MARICASTAÑA.— Eso te sucede porque no te refrescas, no sales. El mundo cambia.

SABELOTODO.— ¿Son mejores los que salen? Aún no he matado y los que van por la calle no pueden asegurar lo mismo. (*Acercándose a MADAME PIMENTÓN*) Anda, prenda querida de tu vecino, ahora dame de comer. Déjame meter los dedos en el caldero.

MARICASTAÑA.— Vamos, cochina, hasta tendrás cigarrillos en el ruedo de alguna saya... *(Se acercan cariñosos e intentan despojarla de lo que lleva)* Tan lista ella, con su sombrero a la moda de los huertos babilónicos y esa boquita de rabanito que enloqueció emperadores.

*(Entre los dos hacen cosquillas a MADAME PIMENTÓN, quien ríe y se defiende. Empiezan a rodar monedas tejado abajo)*

MADAME PIMENTÓN.— ¡Ay, mi fortuna, las niñas de mis ojos!

SABELOTODO.— *(Abrazándola más)* Calla, aparta los ojos. Te dará vértigo.

MARICASTAÑA.— ¡Se fueron, marido! ¡Se marcharon todas al arroyo! ¡No las oyes rebotar?

SABELOTODO.— *(Sacudiendo a la extraña MADAME PIMENTÓN)* Caen en mi corazón, bruja. Baja a buscarlas.

MADAME PIMENTÓN.— Ja, ja, defraudados, burlados, chasqueados. *(Le saca la lengua)*

*(Se oyen murmullos fuertes y ruidos)*

SABELOTODO.— ¡Calla! ¡Oyes? Pueden ser los sabuesos oficiales. *(Con toda presteza coloca sobre la cabeza de MADAME PIMENTÓN el cesto y la deja inmóvil)* ¡Aquí!

VOZ PRIMERA.— ¿Por aquí se sale a los tejados? Moriremos antes de ver el final.

VOZ SEGUNDA.— De cobardes están llenas las escaleras de las torres. También mi corazón palpita.

*(Mientras los dos HOMBRES saltan al tejado, SABELOTODO finge estar arreglando una gran muñeca)*

VOZ PRIMERA.— Empujando, empujando se abren todas las puertas. Unas veces ganzúas de oro, otras de plata...

*(Se nota que dan un empujón y abren la puerta porque la guardilla se ilumina de rojo. Levanta un HOMBRE la cortinilla saltando al tejado)*

HOMBRE PRIMERO.— Por aquí salimos a los abismos del cielo. Alto. ¿Quién vive?

SABELOTODO.— *(Después de un silencio. MARICASTAÑA se ha agarrado de su mano. Una lámpara eléctrica descubre el grupo pintoresco)* Vivir es verbo demasiado brillante para lo que aquí hacemos. Morimos, señor, de vivir, esa extraña manía de los hombres.

HOMBRE SEGUNDO.— ¿Y eso?

SABELOTODO.— Eso es la gran sorpresa que reservo al futuro.

HOMBRE PRIMERO.— Más bien parece del pasado.

SABELOTODO.— Para ser el pasado tiene demasiadas sayas.

HOMBRE SEGUNDO.— Con el tiempo se hereda.

SABELOTODO.— Con el tiempo se despoja.

HOMBRE PRIMERO.— Con el tiempo se multiplica el bosque.

SABELOTODO.— Esto no pertenece al tiempo engendrador sino al devorador.

HOMBRE SEGUNDO.— Entonces, ¿por qué llovían monedas de oro de este tejado?

MADAME PIMENTÓN.— (*Agitándose*) Clocloclo.

MARICASTAÑA.— (*Estupefacta*) ¿Oro?

SABELOTODO.— ¿Oro? Bah, sueños. Prefiero el humo de esta chimenea.

HOMBRE PRIMERO.— Algo estoy olfateando por aquí.

SABELOTODO.— Cordero. Carne de cordero. Son los del segundo. Es un humo conmovedor. Por él se ven todas las vértebras de un festín. Pino sobre pino, sobre pino lino, sobre lino flor y amores alrededor.

HOMBRE SEGUNDO.— ¡La gallina!

SABELOTODO.— ¡Hombre, eso era antes!

HOMBRE SEGUNDO.— Eso digo yo: una gallina en medio y todo son amores.

MARICASTAÑA.— ¡Las gallinas!

HOMBRE PRIMERO.— Ayer secuestramos cinco en un segundo piso.

SABELOTODO.— Y aquí, a vuestros pies rueda el oro. ¡Tiempos de Jauja!

HOMBRE SEGUNDO.— Terminado nuestro reconocimiento y pudiendo suponer que el oro cayó de alguna nube indeterminada, pueden seguir arreglando la Tarasca, buenas gentes. El pueblo necesita fiestas.

SABELOTODO.— Y cinturones para encinturarse la cintura que se le ahila. Pero somos tan felices así..., es tan cómodo para dejarse llevar por el viento. Dígaselo así a su amo..., a nuestro amo reverendísimo.

MADAME PIMENTÓN.— Clocloclo...

MARICASTAÑA.— (*Saliendo con ellos y hablándoles mientras van bajando la escalera*) Cuando concluyan de bajar apaguen la luz. Mis inquilinos son antiguos y conocen todas las esquinas.

MADAME PIMENTÓN.— Clocloclo...

SABELOTODO.— (*Destapándola*) ¡Habla!

MADAME PIMENTÓN.— ¡Ladrones!

SABELOTODO.— Bah, palabras en desuso.

MADAME PIMENTÓN.— ¡Apestan!

SABELOTODO.— Únicamente a su oficio.

MADAME PIMENTÓN.— ¡Puercos!

SABELOTODO.— Sólo los hay en el diccionario. Saca lo que tengas y comencemos a trabajar.

MADAME PIMENTÓN.— Hoy no hay colillas.

SABELOTODO.— ¡Loca!

MADAME PIMENTÓN.— ¡Eso era antes!

SABELOTODO.— Tienes razón, un loco no puede ocuparse continuamente de su vientre.

MADAME PIMENTÓN.— Hay mucha competencia.

SABELOTODO.— ¿Ni colgándote sobre el viaducto y gritando?<sup>2</sup>

MADAME PIMENTÓN.— ¡Ayer había diez agarrados a los travesaños! Dos se soltaron.

SABELOTODO.— ¡Malos tiempos para los oficios!

MARICASTAÑA.— (*Entrando, fatigada*) Ya los dejé en franquía.

Las del segundo han quemado el pasamanos de la escalera y las señoritas del tercero no han cubierto aún el boquete que les hicieron durante el registro.

SABELOTODO.— (*Inquieto*) ¡Sordina, hermosa! Las chimeneas oyen.

*(Sobre la terraza han aparecido VECINOS. Van colgando faroles de verbena. Bailan modesta y tristemente al son de un organillo)*

Ni el reparo que teníamos cerca del cielo nos respetan. Lo véis, mujeres, bailan. Han olvidado todo. Los viajeros se hartan de decir: qué ciudad tan hermosa, relucen los cafés, los hombres desean a las hembras vestidas de raso. Lujo, vaivén,

<sup>2</sup> Recordemos que al final de la escena undécima de *Luces de bohemia*, el primer esperpento teatral valleinclaniano, Max «se pone estupendo» y le dice a don Latino: «Latino, vil corredor de aventuras insulsas, llévame al Viaducto. Te invito a regenerarte con un vuelo» (Valle-Inclán, *Luces de bohemia*, edición crítica de Alonso Zamora Vicente. Madrid, Espasa-Calpe, nueva colección de Clásicos Castellanos-33, 1993, p. 138), invitación al suicidio, es decir, a arrojarse desde el Viaducto madrileño.

sonrisas, hambre, expoliación, crimen... ¡Ja, ja, ja! ¡Vamos, reíros! Es lo único sin mercado negro<sup>3</sup>.

MARICASTAÑA.— (*Sentándose junto a MADAME PIMENTÓN*) Oye, Pimentoncita, hagamos las paces... ¿Me quieres rascar aquí?

MADAME PIMENTÓN.— (*Espulgándole la cabeza*) No debía. Me tratáis peor que cuando vendíais el Cencerro.

MARICASTAÑA.— ¡Son tiempos políticos!

MADAME PIMENTÓN.— Apoya la cabeza. Duerme. Me pesa hacerte daño con mis repelones.

MARICASTAÑA.— ¡Qué santita amaneció la luna!

MADAME PIMENTÓN.— El organillo me hace cosquillas en la memoria. Me traspasa a horas felices... Quieto, perro.

SABELOTODO.— El organillo me irrita, me acuchilla el alma. ¡Fuera lo castizo, lo folklórico, la miseria disimulada detrás de la belleza tradicional!

MARICASTAÑA.— Pero entonces por poco dinero podía irse bajo los árboles a comer en un merendero castizo llevando una falda de percal planchao...

<sup>3</sup> Sobre el estraperlo y las miserias de la vida cotidiana en Madrid durante la postguerra franquista pueden consultarse los libros de Rafael Abella, *Por el Imperio hacia Dios. Crónica de una posguerra* (Barcelona, Planeta, 1978) y *La vida cotidiana bajo el régimen de Franco* (Barcelona, Argos-Vergara, 1984). Para una síntesis rigurosa sobre el periodo puede consultarse el libro de Jordi Gracia y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana* (Madrid, Síntesis, 2001).

SABELOTODO.— Calla. Me torturas. Nada de adormideras. Estoy viendo dormirse en pie a la gente bajo diferentes soporíferos. Y aquí, en mi tejado, no quiero sueños. ¿Somos o no somos? La calle es la calle; aquí, es aquí. Abajo que levanten el brazo<sup>4</sup>, o los dos brazos, o los cuatro o que alarguen el cuello al yugo<sup>5</sup>. Yo, permanezco. (*Se pasea irritado*) ¿Ya han perdido la memoria de lo que ocurrió? (*Mira que las mujeres se han dormido*) ¿Dormidas? ¡Santa simplicidad! Mejor, así no ven la miseria, ni las acciones complicadas de los beodos, ni me ven a mí... Tendrán que esperar otra ocasión para comprenderme. Yo también sueño y en ti, ¡oh impura ciudad convertida en tu sombra! ¡Capital de la gloria!<sup>6</sup> ¡De nuestra gloria tambaleante, apuñalada! ¿No la veis? Ésta era la casa del Hombre crédulo, la vida podía florecer bajo la vieja ver-

<sup>4</sup> Saludo a la romana, típico del fascismo italiano, que se imitó por el franquismo vencedor en la guerra civil.

<sup>5</sup> Miguel Hernández, quien afirma con orgullo en el poema «Vientos del pueblo me llevan» que no pertenecía a «un pueblo de bueyes» (*Viento del pueblo*, edición de Juan Cano Ballesta. Madrid, Cátedra, Letras Hispánicas-308, p. 65), se interroga retóricamente: «¿Quién habló de echar un yugo sobre el cuello de esta raza?» (*ob. cit.*, p. 66). Y también en su poema «Llamo a la juventud» alude a «los españoles dignos / que al yugo no se someten» (*ob. cit.*, p. 81). Por otra parte, el yugo y las flechas bordadas sobre la camisa azul eran símbolos de los falangistas españoles.

<sup>6</sup> Rafael Alberti llamó «Capital de la gloria» a los poemas fechados entre 1936 y 1938 que reunió en la sección cuarta de *De un momento a otro* (en *Poesía, 1920-1938*, edición, introducción, bibliografía y notas de Luis García Montero. Madrid, Aguilar, 1988, p. 671).

dad del trabajo...<sup>7</sup> Se llamaba... ¡No quiero recordarlo! Mejor será que venda mis barbas al mejor postor. ¡Oh nobles barbas de la Historia, si me podéis oír sabed que únicamente yo aúllo a la desgracia!

(SABELOTODO *queda frente a la ciudad, abstraído. Del fondo de la azotea donde los bailarines siguen, asciende más vivo el ritmo de la música. DOS MUCHACHOS suben hasta las chimeneas altas. Se sientan enamorados y juntos*)

LA CHICA.— (*Señalando a las estrellas*) ¡Mira, Júpiter!

EL MUCHACHO.— Más cerca de mí.

LA CHICA.— Digo que ése es Júpiter.

EL MUCHACHO.— ¿Alguien de tu familia?

LA CHICA.— (*Separándole*) Burro..., quita que me duele.

EL MUCHACHO.— ¿La familia?

LA CHICA.— Tu brazo.

EL MUCHACHO.— ¿Lo prefieres aquí? (*Colocándolo por delante del busto*)

LA CHICA.— ¡Suelta!... Mira al cielo.

<sup>7</sup> Arturo Serrano Plaja es autor de un libro poético titulado *El hombre y el trabajo*. Barcelona, Ediciones Hora de España, 1938, dibujos de Ramón Gaya (reedición facsímil: Madrid, Ediciones de la Torre, 1978, introducción y notas de Francisco Caudet).

EL MUCHACHO.— Lo veo desde las siete de la tarde... Son dos esferas blancas que se persiguen sobre una llanura presentida.

LA CHICA.— ¡Cursi!

EL MUCHACHO.— Estudiante, nada más.

LA CHICA.— (*Incorporándose*) Entonces, sígueme mientras puedas.

(*Echa a correr por los tejados y las chimeneas, riendo*)

SABELOTODO.— (*Mirándolos y volviéndose a la ventana de su guardilla*) ¡Se matarán! ¡Oh, Señor, déjales que se maten! Suelta un momento los hilos que sostiene tu diestra.

(LA CHICA *da un grito y se tambalea*. EL MUCHACHO *la abraza, sujetándola*)

EL MUCHACHO.— Te he atrapado en el momento en que desaparecías.

LA CHICA.— ¡No es verdad! Tus manos me aferraron toda la cintura. Me dieron vuelta por dentro. (*Coqueteando*) Chillé de placer.

EL MUCHACHO.— ¿No me agradeces esta mano providencial?

LA CHICA.— No.

EL MUCHACHO.— Entonces voy a aplastarte los labios traidores, (*agarrándola*) a beberles esa palabra oscura que han dicho.

LA CHICA.— ¡Suelta! Me parece que nos siguen... No me gusta el amor con testigos. Todos los ojos que se han quedado en una casa vieja suben por las noches a los tejados y miran.

EL MUCHACHO.— Verán que te beso trocito a trocito, deshuesándote. Por aquí hay un arroyo donde viene a beber la brujita mansa. Voy gota a gota a seguirlo hasta tu sien derecha...

LA CHICA.— ¡Tonto! Vamos a irnos por estos tejados hasta las puertas del cielo.

EL MUCHACHO.— No me remuevas recuerdos infantiles.

LA CHICA.— (*Alcanzando otro tejado y subiendo por una escalera*) ¡Cu-cú!

EL MUCHACHO.— Los albañiles han dejado esta escalera para que yo te agarre por los pies.

LA CHICA.— Entonces eres el diablo. (LA CHICA *se ha quedado en lo alto*. EL MUCHACHO, *a sus pies, la descalza, acariciándola*)

EL MUCHACHO.— Ya no correrás. Voy a dejarte confiada a un dragón. Atada para siempre a una roca entre mis dos horas de clase y el crepúsculo<sup>8</sup>. Mira, abajo sólo tendrás el mar.

LA CHICA.— (*Recitando*) Recuerda que te quise, hermoso Perseo<sup>9</sup>. Alívame de esta soledad donde paso mi tiempo en juntar hongos flirteando con un dragón apollillado.

---

<sup>8</sup> Alusión a Andrómeda, hija de Cefeo —rey de Etiopía— y de Casiopea: «Interrogado por el rey, el oráculo de Amón predijo que Etiopía se vería libre de aquella plaga si la hija de Casiopea era expuesta como víctima expiatoria. Los etíopes obligaron a Cefeo a consentir en el sacrificio, y la doncella fue atada a una roca» (Pierre Grimal, *Diccionario de mitología griega y romana*. Barcelona-Buenos Aires, Ediciones Paidós, 1982, p. 27).

<sup>9</sup> «En su camino de regreso, Perseo pasó por Etiopía, donde encontró a Andrómeda. Estaba atada a una roca... (...) Al ver a la hermosa joven en tal

SABELOTODO.— (*En su guardilla, fumando*) Estos chicos de ahora son exactamente como los de antes. ¡Qué falta de imaginación en las nuevas generaciones!

EL MUCHACHO.— ¡Yo mataré al Dragón con mi espada adamantina!<sup>10</sup>

LA CHICA.— No, no. Así, no. Más brío. Eres uno de los héroes griegos.

EL MUCHACHO.— ¡Yo mataré al Dragón con mi espada adamantina!

LA CHICA.— ¡Vamos, hombre, pareces un actor inglés! (*Recitando*) Yo mataré al Dragón con mi espada adamantina. Así, así. Tiene que oírte la Historia.

EL MUCHACHO.— La mitología.

LA CHICA.— La Historia. Cuando se hace el héroe le oye a uno la historia. La mitología es un compendio abreviado.

EL MUCHACHO.— (*Besándole los pies*) La Historia mía comienza a tus pies.

SABELOTODO.— (*Interesándose*) Vamos, esto ya me gusta más.

LA CHICA.— Besa, besa. ¿Ves? No tengo cosquillas. Pero Perseo lo hacía mejor.

---

peligro, Perseo sintió nacer un súbito amor por ella y prometió a Cefeo, el padre de Andrómeda, que libertaría a su hija si se la daba por esposa. Esta proposición fue aceptada...» (Pierre Grimal, *ob. cit.*, p. 426).

<sup>10</sup> «Perseo, gracias a las armas mágicas que poseía, pudo matar fácilmente al monstruo marino que iba a devorar a Andrómeda, y condujo a la doncella al lado de sus padres» (Pierre Grimal, *ob. cit.*, p. 426).

EL MUCHACHO.— ¿Mejor? (*Le besa la rodilla. SABELOTODO se vuelve, pudoroso*)

LA CHICA.— Eran besos olímpicos. Los dos cerrábamos los ojos para no ver la cabeza de la Medusa<sup>11</sup> y cuando queríamos evitar la curiosidad de la Creación nos plantábamos el sombrero de Mercurio<sup>12</sup>. Así, invisibles, pasábamos horas y horas besándonos.

EL MUCHACHO.— (*Subido en la escalera*) ¿Así?

LA CHICA.— Es un decir, porque los besos buenos son los que alguien ve, los que alguien adivina, aquellos capaces de poner los dientes largos aunque sea a un Dragón. (*Se abrazan*)

SABELOTODO.— (*Levantándose bruscamente*) ¡Uhhmm! Ese Dragón soy yo. Largo de mi tejado, colorines.

---

<sup>11</sup> «Perseo se dirigió entonces a la mansión de las Gorgonas, Esteno, Euriale y Medusa, y las encontró dormidas. Sólo Medusa era mortal, por lo cual Perseo podía esperar apoderarse de su cabeza. (...) Perseo se elevó en el aire gracias a sus sandalias, y, mientras Atenea sostenía encima de Medusa un escudo de bronce bruñido a modo de espejo, él decapitó al monstruo. Del cuello cercenado de Medusa surgieron un caballo alado, Pegaso, y un gigante, Crisaor. (...) Luego Perseo guardóse la cabeza en el zurrón y emprendió el regreso. Las dos hermanas de la víctima lo persiguieron, pero fue inútil, ya que el casco de Hades les impedía verle» (Pierre Grimal, *ob. cit.*, p. 426).

<sup>12</sup> «Las «Ninfas» (...) llevaban sandalias aladas y un zurrón llamado *kibisis*, así como el casco de Hades, el cual tenía la virtud de volver invisible a quien se lo ponía. Las Ninfas le entregaron todos estos objetos, mientras Hermes lo armaba con una hoz de acero muy duro y cortante» (Pierre Grimal, *ob. cit.*, p. 426).

*(Los dos chicos, a punto de caer, dan un grito al sentirse descubiertos. El Muchacho escapa. LA CHICA lo increpa)*

LA CHICA.— ¡Meduséalo! ¿No ves que no es más que una apariencia de la noche?

SABELOTODO.— ¿Apariencia yo?... *(Intenta precipitarse sobre LA CHICA. Las viejas, al ruido, se levantan. Los de la verbena giran su pasodoble cansado. LA CHICA huye, pero al llegar a la última chimenea se detiene)*

LA CHICA.— ¡Deténte, soy Andrómeda! No me riñas, Dragón. El impulso del ideal está dado. Me casaré con él aunque sea un Perseo notarial que se empeñe en vivir en provincias. Buenas noches. *(Hace una reverencia y se marcha riéndose e incorporándose a los bailarines, que comienzan a apagar sus luces)*

*(Silencio)*

MARICASTAÑA.— *(Golpeando el hombro de SABELOTODO)*  
¿Soñabas?

SABELOTODO.— *(Soñador)* Sobre un tejado no se está nunca bien despierto.

MADAME PIMENTÓN.— *(Riendo idiota)* Eso digo yo. Si lo estuviéramos necesitaríamos las losas firmes. Esto siempre se mueve un poco.

SABELOTODO.— La noche nos trae un fúnebre conocimiento de nosotros mismos. Pone triste. Nos amortaja. Es una ima-

gen que usaron los románticos y a mí me va como una levita nueva. Hoy me siento antiguo. *(A MARICASTAÑA)* Comprendes..., no viejo..., antiguo.

MARICASTAÑA.— Se acaban de reír de ti. He oído el cascabeleo. *(Ríen las VIEJAS)*

SABELOTODO.— ¿No podríamos trabajar un poquito y dejar las consideraciones para más adelante?

MADAME PIMENTÓN.— Ya te dije que los tiempos son malos. No pude pasar de...

SABELOTODO.— Muestra lo que tengas.

MARICASTAÑA.— *(Echándole mano al sombrero)* A veces lo trae en el pelo.

MADAME PIMENTÓN.— Mi sombrero, no. Todo el mundo tiene algo intocable. Es lo único que me queda. ¿Quién conocería a Madame Pimentón sin ese jardín que me cubre las sienes? ¿Cómo podrían los golfillos apedrearme y los niños reírse? No, no, déjame intacto el prestigio de mi leyenda.

MARICASTAÑA.— Fantasmona. Bueno, las sayas. *(Intenta agarrarle el ruedo. MADAME PIMENTÓN chillá)*.

SABELOTODO.— Déjala. Esta noche están demasiado despiertos los ecos. El humo, los ecos... ¿De dónde les viene su divinidad impalpable?

MARICASTAÑA.— Esta noche eres un espectáculo repugnante de sentimentalismo. ¿No me dejas dar a ésta una buena zurra?

SABELOTODO.— (*Muy cortés*) No, por favor. Es una mujer. Acabo de darme cuenta... Una mujer, Maricastaña..., y tú, una esposa. La diferencia está en que tú no me huirías y ella sí. Ella por huirme, se caería tejado abajo.

MARICASTAÑA.— (*Zumbona*) ¿Esta zorrilla caerse? Sí, sobre colchones.

MADAME PIMENTÓN.— (*Llorando*) Quiero irme... (*Se queda enganchada*) ¿Quién me tira de la falda? Ayúdeme, Sabelotodo. He querido desprenderme de este tejado, huir... Vivo pensando: ¿no podría llevarse una epidemia? Pero ahora, os suplico, amigos míos. ¡Venid! ¡Socorredme!

SABELOTODO.— (*Acercándose y arrancándole la falda que se dejó prendida*) Miedo. Tenías miedo. Te ruego que te calmes. Bebe. (*Le tiende el botijo*) La luna está alta todavía porque así lo necesitan las praderas. Tiéndete en este declive. Apoya tu cabeza. Conserva tu sombrero... Estas yerbecitas que crecen bajo los árboles corpulentos huelen a almizcle. (*Se tumba junto a ella*) ¿O serán tus ropas trascendiendo al eterno reclamo? Las parejas de todo pelo y pluma se juntan en los bosques. ¡Qué sabias son! ¡Oh, Pimentoncita, si pudiésemos galopar libres!<sup>13</sup>. Si algo libre pudiese moverse en los 505 mil

<sup>13</sup> «Las tierras, las tierras, las tierras de España, / las grandes, las solas, desiertas llanuras. / Galopa, caballo cuatralbo, / jinete del pueblo, / al sol y a la luna. / ¡A galopar, / a galopar, / hasta enterrarlos en el mar!», versos iniciales del poema «Galope» de Rafael Alberti, poema que pertenece a la sección cuarta («Capital de la gloria») de *De un momento a otro* (ob. cit., p. 689).

kilómetros cuadrados que me pesan aquí...<sup>14</sup> (*Se golpea el pecho medio dormido*)

MARICASTAÑA.— ¿Y yo? ¿Y yo?

SABELOTODO.— Ven. Las jornadas legendarias son largas. Acurrúcate junto a mí y trae al perro. Pero no intentes abrir los ojos. Con la baraja de naipes de la noche no se juega.

*(Gran silencio nocturno. Giran los planetas. Una sombra negra, huidiza, busca los escorzos. Se la ve ir, desconcertada, sin rumbo, de chimenea en chimenea. Mira al vacío. Por el extremo opuesto una sombra blanca. Las manos ante su busto, LA SONÁMBULA conserva el equilibrio del milagro. Canta, primero levemente, luego a toda voz. Los personajes del primer término duermen. La sombra negra se esconde cuando la blanca avanza. Es una especie de ballet con el abismo. La negra comienza a seguir el estribillo de la canción. Es un diálogo que termina cuando ella lo encuentra y le pasa la mano por la cara, como hacen los ciegos o los niños cuando juegan al escondite)*

LA SONÁMBULA.— Te atrapé. Aunque no se debe besar más que a los muertos, me gustaría besarte.

EL HOMBRE.— (*Sin querer descubrirse*) Uhm, uhm.

LA SONÁMBULA.— No, no me digas tu nombre, me gustan las adivinanzas. ¡He perdido tanto tiempo haciendo solitarios sobre una mesita de caoba que me regaló mi abuela!

<sup>14</sup> La extensión territorial de la Península Ibérica es de 584.000 kilómetros cuadrados, pero la de España sin Portugal es de 505.000.

EL HOMBRE.— Ummm, uhhh.

LA SONÁMBULA.— Días interminables de bibliotecaria, días de clasificador de plantas, días atroces de encajera con los dedos volando, hoy he concluído con todos mis oficios y estoy aquí.

EL HOMBRE.— Ummm, uhhh.

LA SONÁMBULA.— Aquí, aunque no me guste esta parte de la casa. Está un poco cerrada. Los muebles son algo extraños. Los trajeron siendo yo chiquitina. Los colocaron así y no se pueden sacar.

EL HOMBRE.— Ummm, uhhh.

LA SONÁMBULA.— Ummm, uhhh. Como te digo. (*Señalando a la luna*) Aquel espejo está colocado un poco alto. Me gustaría tenerlo más cerca, porque refleja una luz que no es suya y no me gustan las cosas que no entiendo. A veces lo tapo con un pañuelo y entonces todas las cosas me gritan: Querida niña, querida niña, tenemos miedo<sup>15</sup>. Y yo consiento en que todo quede como está para no armar escándalo. (*Se sienta y le hace sitio. EL HOMBRE es joven. Va vestido de presidiario, debajo de un impermeable. Al sentarse, no puede menos de exclamar.*)

<sup>15</sup> José Sanchis Sinisterra, quien ya en 1983 publicó en lengua catalana cuatro escenas («Primavera 39», «L'anel», «Intimitat» y «El taup») de *Terror i misèria del primer franquisme* (Barcelona, Institut del Teatre-Ediciones del Mall, 1983, pp. 13-19, 21-27, 29-34 y 35-40, respectivamente), ha dirigido la puesta en escena de su *Terror y miseria en el primer franquismo* (edición de Milagros Sánchez Arnosi. Madrid, Cátedra, en prensa), espectáculo estrenado en noviembre de 2002 por el Teatro del Común, quien ha editado un «Cuaderno pedagógico» (Madrid, Fundación Autor de la SGAE, 2002).

EL HOMBRE.— ¡Qué bien se está aquí!

LA SONÁMBULA.— (*Aplaudiendo*) Eso dicen los hombres cuando me encuentran. ¡Pero me encuentran tan pocas veces! Parece que juego con ellos perpetuamente al escondite.

EL HOMBRE.— Les impondrán sus ojos.

LA SONÁMBULA.— ¡Si mis ojos no les miran!

EL HOMBRE.— Son inquietantes. ¿Podría decirle que parecen encontrados después de un delirio, tan suaves son?

LA SONÁMBULA.— ¿Delirabas tú?

EL HOMBRE.— (*Repentinamente inquieto, levantándose*) ¿Qué quiere averiguar? ¿Quién es usted? Necesito irme.

LA SONÁMBULA.— ¡Tan pronto! ¿Te repugna mi casa? ¿Te parece que soy tan complaciente con todos los que llegan a mi cuarto? Pues no lo cambiaría por un trono. Todos los tronos están hechos de cuatro maderitas clavadas precipitadamente para el día de la coronación. Después, los arrinconan en una guardilla.

EL HOMBRE.— (*Más tranquilo*) A veces los queman.

LA SONÁMBULA.— (*Riendo*) Cuando no los llenan de excrementos las ratas.

EL HOMBRE.— Lo más triste es intentar resucitar un trono. Se le quedan enganchadas coronas funerales.

LA SONÁMBULA.— (*Inclinándose hacia el vacío*) Hay muchas por aquí. ¿Ves? No pasean más que recuerdos de la muerte. Van todos con su ataúd sobre los hombros. Unos tendrán flores costosas, otros serán ajusticiados...

EL HOMBRE.— (*Intentando huir*) ¡Ajusticiados!

LA SONÁMBULA.— ¿Te vas? Me apena tu insistencia en no reconocerme. ¡Yo que me incliné sobre ti cuando te lamentabas de un modo inofensivo en una cuna! (EL HOMBRE *estalla en una carcajada*) ¿Concluirás de una vez? No me conviene escuchar desvaríos. Mejor sería un sollozo para tu situación. Un sollozo dejaría esto lleno de cintas patéticas porque, joven, estás en un trance difícil como de alguien que anda por un alero.

EL HOMBRE.— (*Retrocediendo y balbuceando*) Sí, un sollozo..., pero pasaba por casualidad, pasaba de largo... No me debo parar en nada, pero usted cantó y yo me detuve. Me sorprendieron sus bellos ojos tan bien iluminados. Por un momento se me disipó la niebla y pensé detenerme, ayudarla a marchar por estos lugares difíciles. Y quise creer que por aquí, entre los dos, podríamos encontrar un arroyo con agua limpia para una sed de semanas. Un arroyo con un alma dentro, así como en su rostro dirán que lleva el espejo de la suya y sentarnos, porque mis rodillas temo que hayan olvidado para qué sirven.

LA SONÁMBULA.— Por eso te ofrecí mi casa...

EL HOMBRE.— ¡Una casa! Días y días sin ver unos ojos grandes y azules; días y días entre cuatro piedras oyendo un sollozo de difunto. Allí aprendí que no somos nosotros los que esperamos de la vida, es la vida la que espera de nosotros acciones para tejerse y se nos sienta al alcance de la mano, observándonos: «Anda, vive..., —me decía todas las mañanas—, entra, sal, salta, baila, ríe, enamórate...» ¡Y yo mirándola sin poder incor-

porarme..., sin medio de hacer latir libre mi corazón! ¡Preso! ¡Preso! ¡Preso! (*Deja caer la cabeza sollozando*)

LA SONÁMBULA.— Ahora aquilato más tu llegada.

EL HOMBRE.— Pero, ¿adónde he llegado? (*Se levanta*) Debo seguir. No puedo detenerme. He de andar semanas y semanas por los que permanecen quietos... Aunque suba y suba, siempre tendré otro horizonte.

LA SONÁMBULA.— Ésa es la existencia de los mortales...

EL HOMBRE.— Otro horizonte, otras montañas, otras vegas... ¡Oh, si pudiera huir de aquel hoyo donde los hombres planean su venganza!

LA SONÁMBULA.— ¿Y tú...?

EL HOMBRE.— ¿Yo, yo, yo...? (*Se echa a llorar*)

LA SONÁMBULA.— (*Tranquilizándole como a un niño pequeño*) ¡Cómo me gusta oírte! ¡Qué bien llega hasta mí tu llanto! Parece que te tengo muy cerca. Ya no tendré que pasarme la noche gritándote: ¡Eh, eh, no me pierdas, estoy aquí! (*Acariciándole*) Pequeño, pequeño, cordero...

EL HOMBRE.— (*Bruscamente*) Déjeme. ¿Quién es usted para compadecerme? Tengo que retroceder.

LA SONÁMBULA.— Sí, sí, retrocede hasta hacerte chiquito para que yo pueda esconderte aquí. (*Señala su frente*)

EL HOMBRE.— ¿Por dónde se baja? ¿Por dónde se sale de esta encrucijada de chimeneas?

LA SONÁMBULA.— ¿Chimeneas dices? A veces me parece que no ves claro. Ésta es mi alcoba.

EL HOMBRE.— Entonces es el hambre.

LA SONÁMBULA.— (*Paseándose por el tejado*) Hace poco la hice tender de azul.

EL HOMBRE.— Si salto por aquí, ¿adónde caigo?

LA SONÁMBULA.— ¡Pobre! ¡Mis ventanas están clavadas! Les da miedo de mi extraño poder de volar.

EL HOMBRE.— (*Examinando el decorado*) Por aquí hay una escalera... Posiblemente los albañiles volverán mañana... Aquí hay unos farolillos enfriándose. (*Agarra uno y se dirige hacia otros tejados*)

LA SONÁMBULA.— (*Siguiéndole*) ¿Te retiras? Aún no cantó la alondra<sup>16</sup>. Me será imposible despertar si te marchas con ese ceño de censor. (*Se acerca apasionadamente y le arrebató el farolillo*) No me puedes perder ahora que nos hemos encontrado.

EL HOMBRE.— Señorita, yo soy un...

LA SONÁMBULA.— Calla, los secretos no se descubren nunca en el primer acto de la vida.

EL HOMBRE.— (*Vencido*) Tiene usted razón.

<sup>16</sup> Alusión a la escena quinta del acto tercero de *Romeo y Julieta*, en donde ambos amantes se despiden mientras el canto de la alondra anuncia el alba: «¿Ya quieres irte? No ha asomado el día, / la voz del ruiseñor, no de la alondra / atravesó tu oído temeroso: / canta en la noche, encima del granado. / ¡Fue el ruiseñor, ya sabes, amor mío!», palabras de Julieta a las que replica Romeo: «¡Fue la alondra que anuncia la mañana, / no el ruiseñor, mi amor...» (William Shakespeare, *Romeo y Julieta*, traducción de Pablo Neruda. Buenos Aires, Editorial Losada, 1969, p. 93).

LA SONÁMBULA.— (*Exaltada*) Razón, esa palabra me viste y calza perfectamente. ¡Razón! ¡Qué buen retrato has hecho! Voy a mirarte bien la frente cargada de razones. (*Le ilumina con el farolito. El joven, reaccionando, le tira el farol en el preciso instante en que un silbido policial rasga la noche. Le acompaña un murmullo sordo de muchedumbre que irá en aumento. Los tres durmientes, despertándose*)

SABELOTODO.— ¡Maricastaña, en pie! ¡Pimentoncita, firme! Pronto, tú, no te escondas... ¡Aquí! (EL HOMBRE, *sin saber mucho lo que hace, acude y se mete detrás de las enormes sayas de MADAME PIMENTÓN, que queda en la misma postura de muñeca del principio del acto. VOCES por la escalera*)

VOZ DENTRO.— ¡Pero si ya hemos subido otra vez! Maldita escalera... Convertirán nuestro oficio en escalatorres.

SABELOTODO.— (*Arreglando la escena*) Ahora el cesto... Señorita..., señorita..., usted aparezca. Cante. Cante con su voz de aparición maravillosa.

LA SONÁMBULA.— ¿Las manos así o así?

SABELOTODO.— Así, tiernamente enlazadas a los recuerdos que no nacieron aún.

VOZ DENTRO.— No me empujes, que aquí no hay pasamanos... y guárdate las consideraciones para cuando lleguemos al final. (*La guardilla se ilumina por varios haces eléctricos*)

SABELOTODO.— (*Impaciente*) ¡Señorita, cante! (LA SONÁMBULA *por el filo del tejado canta con las manos tendidas, su bella figura movida al viento, su larga melena siguiéndola*)

HOMBRE PRIMERO.— Alto, ¿quién vive?

SABELOTODO.— (*Saludando teatralmente hasta el suelo*) Ya le contesté antes, señor, aquí vive Sabelotodo, fabricante de atracciones imperecederas. Estamos concluyendo de vestir la gran tarasca<sup>17</sup> para el pueblo que se enmohece, mientras esa señorita, nuestra vecina, canta y sueña cosas convenientemente visadas por la censura<sup>18</sup>.

HOMBRE SEGUNDO.— A carne de hombre me huele aquí.

SABELOTODO.— La mía, señor, si no tenéis nada que oponer, o las germinaciones nocturna, o vuestro propio y buen perfume de funcionario.

HOMBRE PRIMERO.— Se ha visto al fugitivo saltando por estos andurriales como una cigüeña.

SABELOTODO.— (*Fingiéndose sorprendido*) ¡Oh, un fugitivo! ¡Cómo me gustaría verlo! Un hombre que no aceptó vuestra compañía.

HOMBRE SEGUNDO.— ¡Figúrese!

SABELOTODO.— Un desagradecido al bien público que representáis.

HOMBRE PRIMERO.— Como lo oís.

---

<sup>17</sup> La Tarasca era una figura popular («medio sierpe y medio dama») de la madrileña procesión del Corpus que cabalgaba sobre el dragón como representación del Mal.

<sup>18</sup> Manuel Abellán, *Censura y creación literaria en España (1939-1976)*. Barcelona, Ediciones Península, 1980.

SABELOTODO.— Un disconforme, un descontento, un perturbador, un «a mí no me engañan», un «qué mal anda todo», un «no se puede vivir», un delirante en suma.

HOMBRE SEGUNDO.— Pues sí, se le ha visto por estos tejados intentando esquivarnos... Claro que...

SABELOTODO.— ¡Eso es imposible!

(*LA SONÁMBULA pasa cerca, cantando. Se vuelven a mirarla*)

HOMBRE PRIMERO.— Bonita voz.

HOMBRE SEGUNDO.— Si no fuese por el servicio, nos quedaríamos a oír su programa radial.

HOMBRE PRIMERO.— Pero tenemos que incrustarle la culata de la pistola a ese hombre que huye.

SABELOTODO.— Eso, eso hago yo con Maricastaña, mi esposa, cuando grita: ¡Tengo hambre! Le incrusto el puño en los riñones hasta que la duermo.

HOMBRE PRIMERO.— ¡Con las hembras, palo!

SABELOTODO.— ¡Con los hombres, palo! (*Ríen todos*) ¡Palos y más palos! (*Bromea y les pega*) Así, así, hasta que entre la razón a palos. (*Cambiando*) Acompáñalos, mujer. Y cuidado, no los empujes. Las del segundo han quemado el pasamanos y las del primero dejaron sin cerrar el boquete que las abrieron cuando el registro. Las bribonas lo hacen contra el régimen y para que se las vea en camisa... (*Ríe*) Vayan, vayan, buenas gentes.

(Silencio. LA SONÁMBULA *interrumpe bruscamente su canción*)

SABELOTODO.— (*Inquietísimo*) Siga, siga... Cante...

(LA SONÁMBULA *retorna a la canción mientras SABELOTODO, siempre con el oído atento, saca el cesto de la cabeza de Madame Pimentón. Ésta se retira y deja ver al joven sentado en el suelo, la cabeza sobre las rodillas. Entra MARICASTAÑA, que con gestos les dice: «Volaron». Se retiran de la calle los murmullos. LA JOVEN, siempre cantando, se acerca al MUCHACHO. Se arrodilla junto a él*)

LA SONÁMBULA.— ¡Se ha dormido!

SABELOTODO.— (*Arrodillándose, también*) No, se ha desmayado.

MARICASTAÑA.— (*Sabihonda*) Será hambre y a estas horas no queda ni humo.

SABELOTODO.— (*Moviendo la cabeza*) Siempre tienen las mujeres que decir la última palabra. Bueno, llévenlo a la chimeña 27.

(*Canta un gallo y cae el*

TELÓN)

## ACTO SEGUNDO

**L**A guardilla se ha convertido en el corazón de los tejados. Llena de trastos viejos, los transparenta por sus paredes al rojo encendido para que no se pierdan ni una de sus palpitaciones. Los muchachos han elegido las cornisas para paseo de su amor. Cae la tarde

LA CHICA.— No me gusta contestarte a esas sandeces de colegio.

EL MUCHACHO.— Te he preguntado si conoces las láminas anatómicas, esa imprudencia escolar que entregan en manos de las muchachas.

LA CHICA.— Tonto, hace tiempo que nuestra educación no comete imprudencias<sup>19</sup>. Eso era antes...<sup>20</sup> Toman con nosotras tantas preocupaciones...

<sup>19</sup> Carmen Martín Gaité, *Usos amorosos de la postguerra española*. Barcelona, Anagrama, 1987.

<sup>20</sup> Durante la Segunda República la educación y la cultura fueron cuestiones de Estado para la política gubernamental. Sobre el tema puede consultarse el libro de Christopher H. Cobb, *La cultura y el pueblo. España, 1930-1939*. Barcelona, Laia, 1980.

Érase un corpiño,  
lirón, lirón, lirillo.  
Érase un corpiño  
con todos sus botones<sup>21</sup>.

EL MUCHACHO.— Pero no cuentan con las manchas solares.

Cuando aparecen yo te adoro con el frenesí de cuatrocientos  
antepasados.

LA CHICA.— ¿Nada más?

EL MUCHACHO.— Vuelve la vista hacia el horizonte.

LA CHICA.— Ya está.

EL MUCHACHO.— (*Señalando un punto lejano*) ¿No ves cómo  
llego inflamado de tu recuerdo? (*La besa en la nuca*)

LA CHICA.— ¡A traición no vale!

EL MUCHACHO.— Pero te gustó.

LA CHICA.— (*Levantándose*) Sigamos por esta cornisa hasta el  
final. ¿Qué ves?

EL MUCHACHO.— Una ciudad.

LA CHICA.— Mi ciudad..., tú eres de provincias.

EL MUCHACHO.— Tiene bastantes torres.

---

<sup>21</sup> Sobre el tema pueden consultarse los libros de Juan Eslava Galán, *Coitus interruptus. La represión sexual y sus heroicos alivios en la España franquista* (Barcelona, Planeta, 1997) y de Luis Otero, *El sexto, no fornicar. Y así nos educaron para la castidad y la obediencia* (Barcelona, Ediciones B, 2002).

LA CHICA.— Iglesias.

EL MUCHACHO.— Bancos, rascacielos.

LA CHICA.— Gente apresurada que cree ir a alguna parte..., ¿a  
la muerte?

EL MUCHACHO.— ¿Escepticismo?

LA CHICA.— Estoy creciendo entre gente golpeada. Desde  
chica, no he oído más que ¡ay! alrededor de mí.

EL MUCHACHO.— Tus padres siempre fueron de la oposición.

LA CHICA.—

Érase un corpiño,  
lirón, lirón, lirillo...

EL MUCHACHO.— A mí me reprochan todos los días en mi casa  
que te vea.

LA CHICA.—

Érase un corpiño  
con todos sus botones.

EL MUCHACHO.— Me dicen que eres una muchacha de aque-  
llas de los años terribles<sup>22</sup> y que... ningún amigo mío se acer-  
caría a ti. Creen que estoy trastornado...

LA CHICA.—

Érase un corpiño,  
lirón, lirón, lirillo...

---

<sup>22</sup> Juan Manuel Fernández Soria es autor de *Educación y cultura en la Guerra Civil (España, 1936-1939)*. Valencia, Nau Llibres, 1984.

EL MUCHACHO.— Me atrevo a hablarte porque esta hora es triste para el amor... Si vieras a mi padre y sus bigotes terribles...<sup>23</sup>

LA CHICA.—

Érase un corpiño  
con todos sus botones.

EL MUCHACHO.— Mi madre con sus mantillas sobre los ojos de piedra...

LA CHICA.—

Érase un corpiño,  
lirón, lirón, lirillo...

EL MUCHACHO.— Y yo, sin oírles, viniendo aquí todos los días a quemarme, a desobedecerles, sin saber quién tiene razón, si ellos o tú...

LA CHICA.—

Lirón, lirón, lirillo...  
Con todos sus botones.

(*Volviéndose bruscamente*) ¿Eso es todo?

EL MUCHACHO.— ¡Niña!

LA CHICA.— Vete, idiota. No te quiero perjudicar. Yo llevaré siempre un clavel rojo entre los dientes<sup>24</sup>. Me estás estropeando el crepúsculo.

<sup>23</sup> El bigote recortado en los varones y las mantillas en las mujeres formaban parte de la iconografía más tópica del nacional-catolicismo franquista.

<sup>24</sup> Rafael Alberti, *Entre el clavel y la espada (1939-1940)*. Buenos Aires, Losada, colección Poetas de España y América, 1941. El clavel rojo de La Chica es símbolo de su voluntad de resistencia contra el fascismo.

EL MUCHACHO.— Tú quieres hacer de todo una aventura.

LA CHICA.— Quiero hacer de todo la vida, y lo que nos rodea es la muerte. ¡Las campanas están exhaustas de anunciarnos un día más en el que nunca pasa nada!...

EL MUCHACHO.— Me puedo tirar a la calle.

LA CHICA.— Eso sería divertido.

(*Voz por un patio*)

VOZ.— ¡Eduardo! ¡Eduardo!

EL MUCHACHO.— (*Asomándose*) Voy, mamá.

LA CHICA.—

Lirón, lirón, lirillo...  
Con todos sus botones.

(*El Muchacho, con desesperación, le rasga la blusa. LA CHICA, desconcertada, recoge los libros y se los tira al MUCHACHO. ¡Eh, tus libros! (SABELOTODO limpia entretanto su guardilla. Ha sacado al tejado un montón de cosas viejas divertidas: maniquies, jaulas, etcétera)*)

SABELOTODO.— Hola, Andrómeda.

LA CHICA.— Hola, Dragón.

SABELOTODO.— Volaverunt, ¿eh?<sup>25</sup>

<sup>25</sup> Goya, «Volaverunt». Capricho 61, 1797-1798 (en Pierre Gassier, *Dibujos de Goya. Estudios para grabados y pinturas*. Barcelona, Editorial Noguer, 1975, p. 154).

LA CHICA.— No sé. Estaba mirando el horizonte para observar las locuras clásicas que hace el sol.

SABELOTODO.— (*Escéptico*) Sí, sí.

LA CHICA.— Los dragones no eran incrédulos.

SABELOTODO.— Tampoco yo tengo tres cabezas.

LA CHICA.— Estaría usted a merced de los farmacéuticos.

SABELOTODO.— Descaradilla.

LA CHICA.— ¿Quiere que le ayude?

SABELOTODO.— ¡Ay, acercarse una niña a la sabiduría es ponerle una mano sobre los ojos!

LA CHICA.— (*Haciéndolo*) ¿Así? ¿Me ve mejor?

SABELOTODO.— (*Quitándole las manos y dejándolas sobre su pecho*) Veo mis grandes trabajos antiguos por complacerte. ¡Oh, Andrómeda, éramos tan felices en la soledad y el desconocimiento!

LA CHICA.— Me aburría, me aburría.

SABELOTODO.— Llamabas diariamente y con todas tus fuerzas de mozuela a un héroe para que te viniera a libertar de mí, pobre monstruo portero.

LA CHICA.— Y vino un radiante muchachito de estudios clásicos.

SABELOTODO.— Y nada más llegar se empeñó en matar al Dragón.

LA CHICA.— Y lo mató... ¿No recuerdas? Le metió una lanza por un ojo.

SABELOTODO.— Entonces, entre la sangre de mi propia muerte vi cuánto la amaba...

LA CHICA.— Cuánto me amabas.

SABELOTODO.— Cuánto la adoraba, la idolatraba y toda esa fila de sentimientos encadenados que causan risa.

LA CHICA.— ¿No era a mí?

SABELOTODO.— No..., era a la que perdí y lleva una túnica ceremonial verde, a la tierra veteada de recuerdos.

LA CHICA.— Me desplomaré sin comprenderte.

SABELOTODO.— Mi pobre sangre de Dragón empapó viñedos y olivares. Andrómeda, tú eres la vida, la descendencia, la palpitación de un seno desnudo, la razón de mi oficio de hombre..., pero ella era la razón de mi razón<sup>26</sup>.

LA CHICA.— Yo, cuando te morías, te besé en los ojos.

SABELOTODO.— Una burla más que tiene la muerte, los besos de los vivos.

LA CHICA.— Hablas en enigmas.

SABELOTODO.— Puede que haya sido también Edipo el descifrador.

LA CHICA.— Y ahora te has convertido en un dragoncillo de tejado. ¿Qué guardas?

---

<sup>26</sup> La República, la razón de la España republicana, destruida por la barbarie fascista.

SABELOTODO.— (*Riéndose de sí mismo*) La fe..., metida en un cestillo de mimbre.

LA CHICA.— Por eso has envejecido tanto.

SABELOTODO.— Una robusta vejez, vale por dos juventudes de ese Perseo con mamá que es tu novio.

LA CHICA.— Era..., ya no lleva mío ni un beso en la punta de los dedos.

SABELOTODO.— Has de saber que en nuestro agrio tejado ya no es posible el balcón de Julieta.

LA CHICA.— ¡Oh, yo que estuve dudando entre ser Julieta o Andrómeda!

SABELOTODO.— Imposible. Capuletos; aquí... Montescos, aquí<sup>27</sup>.

LA CHICA.— (*Asomándose detrás de algún objeto*) Pero el balcón, aquí.

SABELOTODO.— (*Arrodillándose burlonamente al pie*) Y al pie del balcón Romeo, diciéndote cómo le reprochan todos los días en su casa, entre el desayuno y la cena, el amor que siente por la niña del clavel rojo entre los labios.

LA CHICA.— ¿Lo has oído?

SABELOTODO.— Bah, soy un pobre viejo..., y él, un pobre chico. La verdad es que no encontramos personaje bueno

---

<sup>27</sup> Capuletos y Montescos en la Verona shakespeariana de *Romeo y Julieta* se corresponden en el Madrid de la postguerra con la familias franquista de El Muchacho y la republicana de La Chica.

para ti. Me parece que vas a ser una generación sin nombre propio.

LA CHICA.— ¡Oh, buen Dragón, me gustaría tanto que tuvieses tres cabezas y una cola de escamas y volver a mi soledad infantil!

SABELOTODO.— ¿Lloras?

LA CHICA.— Estoy ya demasiado acompañada por mis recuerdos.

SABELOTODO.— Vamos, vamos, chiquilla... Si me ayudas limpiaremos mi palacio convenientemente, sacaremos sillas y las pondremos así..., y una mesa, como ha de haber en toda buena escena de la vida. Maricastaña subirá una sandía que le trajeron comadres de su pueblo. No te invito porque el banquete será tarde. (*Habla mientras prepara la escena. La niña, en un descuido, entra en la guardilla*) Ya que has entrado, ayúdame a sacar este cesto que pesa mucho.

LA CHICA.— ¡Uf, imposible! Está cargado de pecados. (*Levanta la tapa*) ¡Señor, mire! ¡Dragón, atiende! ¡Un hombre!

SABELOTODO.— Tapa, tapa... Debe ser una apariencia engañosa.

LA CHICA.— ¡No, no, levántese! ¡Lo va a ahogar!

SABELOTODO.— Es de cera... Una vez, un ventrilocuo...

LA CHICA.— (*Muerta de risa*) De carne y bien de carne. Parece un obrero.

SABELOTODO.— ¡Qué descuido el de la fábrica de baúles!

LA CHICA.— ¿Desde cuándo estará ahí?

EL HOMBRE.— (*Incorporándose*) Déjenme... No me sigan hablando... Es inútil. (*Como en sueños*) Si ya he dicho que no hablaré. (*Recitando*) Si hubiera que comenzar, yo haría el mismo camino... Ya me pueden matar.

LA CHICA.— ¡Oh, oh, escuche!...

EL HOMBRE.— (*Más despierto*) ¿Quién es usted?

LA CHICA.— Andrómeda.

SABELOTODO.— (*Interrumpiéndola*) Buenas tardes. El sueño fue bien largo. ¿Por qué me desobedeció fugándose de donde lo dejé?

EL HOMBRE.— En ningún sitio me encuentro bastante seguro. (*Salta completamente fuera del cesto*)

LA CHICA.— ¡Oh, oh, un hombre!

SABELOTODO.— (*Inquieto*) Nuestra vecinita pide permiso para retirarse.

LA CHICA.— ¡Irme yo ahora! No, de ninguna manera.

SABELOTODO.— Pertenece a las generaciones voluntariosas.

LA CHICA.— (*Acariciándole*) No me iré, Dragón, no me iré.

SABELOTODO.— (*Al HOMBRE*) No se irá. (*A LA CHICA*) ¿Y lo que me decías antes? ¿No prefieres la soledad de tus acantilados infantiles?

LA CHICA.— No, no. Se está muy bien aquí. (*Al HOMBRE*) La luna, señor, va a ser espléndida.

EL HOMBRE.— ¡No la he mirado desde hace tanto tiempo! Donde yo vivía no salía la luna.

LA CHICA.— Qué raro, usted no miraría al cielo.

EL HOMBRE.— No había cielo.

LA CHICA.— ¡Imposible!

EL HOMBRE.— (*Exaltándose*) Ni sol, ni luna.

LA CHICA.— Estaba en algún pozo, ¿no? Pero la luna se cayó una vez a un pozo y al mirar desde el agua hacia arriba siempre se ve un redondel grande, azul.

EL HOMBRE.— Por todas partes había techos.

LA CHICA.— ¡Eh!, tú, Edipo el descifrador, ¿dónde se encontraba este joven?

SABELOTODO.— En el siglo XX.

LA CHICA.— La esfinge por esa respuesta ya te hubiera comido el corazón<sup>28</sup>.

SABELOTODO.— En eso estoy pensando, en comer. En comer sandías frescas.

EL HOMBRE.— ¡Comer!

SABELOTODO.— Comer, sí, una hermosa apariencia de sandía que va a traernos Maricastaña. Y tú, niña, lárgate de aquí. Las raciones son cortas y no hay para tantos paladares.

<sup>28</sup> «Al llegar a Tebas, Edipo se encontró con la Esfinge. Era un monstruo mitad león y mitad mujer, que planteaba enigmas a los viajeros y devoraba a los que no sabían resolverlos. (...) Edipo vio en seguida las respuestas, y el monstruo, despechado, se precipitó desde lo alto de la roca en que se posaba; o bien fue Edipo quien lo arrojó al abismo. (...) Al matar a la Esfinge y librar del monstruo a los tebanos, Edipo se ganó el favor de toda la ciudad» (Pierre Grimal, *ob. cit.*, pp. 147-148).

(*Ha caído la noche. Madame Pimentón ríe por la escalera*)

VOZ DE MADAME PIMENTÓN.— Desde mi juventud no me seguían con tanta diligencia los hombres... ¡Qué risa! Vamos, entra, gua, gua. (*Aparece seguida de un hombre joven fingiéndose perro*)

SABELOTODO.— ¡Farsanta! Y la otra loca, ¿dónde la has dejado?

MADAME PIMENTÓN.— Ahí llega.

SABELOTODO.— ¿Y éste?

MADAME PIMENTÓN.— Ya no necesitas ladrar.

SABELOTODO.— ¿Por qué lo hiciste perro?

MADAME PIMENTÓN.— Para poder atravesar el mercado y subir la escalera escamoteando las miradas.

LA CHICA.— (*A SABELOTODO*) ¿Esta señora es de verdad?

SABELOTODO.— Casi.

MADAME PIMENTÓN.— (*Burlándose*) ¡Casi! ¿Y esta gorrioncita es de carne? (*Al HOMBRE*) Joven, ¿ya se tranquilizó? (*Dirigiéndose al que llegó con ella*) Descansa. (*A SABELOTODO*) ¿No te gusta mi mastín?

SABELOTODO.— (*Agarrándole la cintura a la vieja*) Me da celos.

LA CHICA.— (*Al HOMBRE*) ¿Por qué se echó a temblar? (*El HOMBRE se aleja*) ¿Por qué se marcha ahora que todo se convierte en un trozo incongruente de mundo?

EL HOMBRE.— He perdido contacto con la vida, no sé bien dónde me encuentro. Ayúdeme a huir.

MADAME PIMENTÓN.— ¡Miren, miren lo que me han dado! (*Saca un pájaro de una cesta y lo pone en una mesa*) Dicen que ya no necesitan estas cosas. Era un loro impertinente que chillaba: Democracia, democracia... (*Saca un reloj*) Y esto tampoco. Han decidido suprimir la medida del tiempo para poderse eternizar en el poder. (*Saca una escopeta*) Y esto me lo dieron para que lo vendiese por inservible. Han encontrado nuevas fórmulas para la muerte.

EL HOMBRE.— ¡La muerte!

EL OTRO HOMBRE.— (*Enfrentándosele*) ¡La muerte!

EL HOMBRE.— Es el único servicio correcto que nos hacen los enemigos.

EL OTRO HOMBRE.— Pero usted pareció desdeñarlo.

EL HOMBRE.— La tuve a la cabecera de mi infortunio.

EL OTRO HOMBRE.— ¿Trenzada en una cuerda o en una suma de proyectiles?

EL HOMBRE.— La vi como una ciudad deseada y me lancé gritándole: Te calumnian, hermosa mía.

EL OTRO HOMBRE.— Pero escurrió el cuello antes de las campanas prenupciales.

EL HOMBRE.— Me debió desdeñar... Abrieron la puerta. El aire olía a cuero curtido, a hierro forjado, a madera bien cepillada, a llanto de criaturas pequeñas... Y yo eché a andar vivo, cada vez más vivo. Respirando, cada vez respirando más. El sombrero sobre la cara para que mi madre no pudiera gritarme: ¡Hijo! Todo inútil, porque mi madre vive en la orilla

lejana del mar y no me reconocería de tantas sombras como me han ido aviejando la cara.

LA CHICA.— ¡Siga!

EL HOMBRE.— Anduve sin que mi voluntad interviniera, pero cada paso me iba devolviendo la sangre. La sangre derramada porque, aunque vivo, yo soy un soldado muerto.

EL OTRO HOMBRE.— (*Soltando la carcajada*) Otro semidiós más de la última guerra.

EL HOMBRE.— ¿Qué guerra? Yo no conozco más que la mía.

LA CHICA.— (*Al OTRO HOMBRE, enfadada*) Cállese. Parece que el destino le encargó de las interrupciones.

EL HOMBRE.— Yo dejaba de ser un muerto (*Aparece LA SONÁMBULA andando y deteniéndose durante toda la escena*), de ser un perseguido, de vivir dentro de aquel sinfín de angustias. Ya no oía la voz que me ordenaba levantarme, andar, comer... Ya no se apretaban contra el mío veintitrés cuerpos sudorosos confinados en el mismo espacio... No oía sus intimidades, alrededor de mí habían dejado de existir sus olores nauseabundos y comenzaba a abrazarme el aire. ¡El aire! ¡El aire! (*Se mueve, agitadísimo*)

EL OTRO HOMBRE.— ¡Impostor! ¿Por qué has de ser tú y no yo? ¿Por qué tú el perseguido por las esquinas y no yo? (*A SABELOTODO*) Éste se quiere salvar usurpándome el derecho. Yo sí que he sufrido hasta caérseme la sangre gota a gota.

SABELOTODO.— Hambrientos, locos, niños, todos sin otra misión que gritar. Mundo sin matiz, hombres estremecidos

olvidados en la profundidad de un bosque. Mundo asustado, decepcionado, roto... ¿Qué puedo yo hacer desde esta posición triste de atalayador de desastres? Mejor sería, amigos míos, que callásemos. Aquí está mi hermosa Maricastaña con dos redondas sandías... Sentáos. (*Dirigiéndose a MADAME PIMENTÓN*) Pues no vas a pensar tú que nos vamos a comer a tu lorito... Hay que dejarle gritar y escandalizar a toda la vecindad. Tampoco puede servirnos para mucho tu reloj, puesto que el nuestro gira y gira y se adelanta y se atrasa lleno de fiebre, y menos ese arma tan alejada del presente como las flechas de Níobe<sup>29</sup>.

EL HOMBRE.— (*Sin comprender*) ¿Dónde estoy? No sé dónde me encuentro.

SABELOTODO.— En los honrados tejados de una ciudad. Cuentan que Noé recogió sobre su navecilla un animal de cada especie. Sobre la casita se subieron grullas. Y algunas pobres tortugas que se empeñaban en salvarse. Todos los que aquí ves, tienen voluntad de salvarse. ¿Para qué? ¡Ah! Ésa es la gran consternación de los hombres. ¿Para qué esta niña se exalta y nos exalta con los botones mal abrochados de su blusa? ¿Para qué Madame Pimentón finge una locura de Café Concert y Maricastaña, la fidelidad a este desdichado Sabelotodo, que querría olvidarlo todo? ¿Para qué suben

<sup>29</sup> «Feliz y orgullosa de sus hijos, Níobe declaró un día que era superior a Leto, madre sólo de un hijo y una hija. La diosa la oyó y, ofendida, pidió a Apolo y Ártemis que la vengasen. Así lo hicieron las dos divinidades, matando a los hijos de Níobe con sus flechas» (Pierre Grimal, *ob. cit.*, pp. 381-382).

hasta este tejadillo tus pies de hombre que huye y nos llega este otro lleno de intenciones secretas, tu revés y tu sombra que te contradice? (*Nadie habla*) ¿Calláis? Bueno, los vientres nos gruñen... El mío, a días, parece un can.

(SABELOTODO *se sienta*. EL OTRO HOMBRE *se levanta, llegándose hasta él*)

EL HOMBRE.— (*Acercándose a SABELOTODO*) Yo quiero definitivamente tu protección. Me han dicho que tú conoces el camino de la frontera. Sácame de aquí.

EL OTRO HOMBRE.— No... Es a mí a quien debes protegerme. Ése no debe ocupar mi lugar en la salvación definitiva.

SABELOTODO.— ¿Por qué entre los hombres ha de haber siempre primero y segundo? Llegáis de la prueba más cruel y ya discutís...

MARICASTAÑA.— ¡Sandías, sandías para arreglarlo todo! Son dulces, redondas, verdes. Nadie puede negarme que esto son dos orondas sandías cuajadas al sol. Me aseguraron que come, bebe y se lava la cara quien las prueba. ¿Hay quien dé más?

MADAME PIMENTÓN.— (*Entre aspavientos*) ¡Lavarse la cara! ¡Qué delicia! ¡Terminé en el 1900 mi última pastilla de jabón!

LA CHICA.— (*Entrando en la alegría del juego*) ¡Pronto! ¡Venga! Un cuchillo grande.

SABELOTODO.— (*Alarga su navaja de muelles, el HOMBRE y EL OTRO HOMBRE sus cuchillos*) Toma...

(*Quedan los tres alargando a la niña los cuchillos un poco siniestramente*)

LA CHICA.— Parecen los conjurados de Venecia<sup>30</sup>. ¡Oh! ¡Cualquiera que volase sobre nosotros se quedaría asustado de esta abundancia de enemigos del régimen! Prefiero un cuchillito.

(*Todos se sientan y MADAME PIMENTÓN saca de su liga una navajita que la niña utiliza. LA SONÁMBULA se acerca y recoge la primera raja. Todos se asombran*)

LA SONÁMBULA.— (*Con aire de mujer de mundo*) ¿No me esperaban? Ha sido imposible avisarles. ¡Está tan malo el asunto doméstico! Ayer tres se me declararon en rebeldía. (*Al HOMBRE*) ¡Ni un arranque de dulzura! Vamos, un murmullo cariñoso para el caracol de mi oreja. (*Todos comen sin reír*) ¿Crees que podrás pronunciarlo? No, no podrá... Come. Siempre los hombres están haciendo algo importante en los momentos en que los necesitamos las mujeres. (*A SABELOTODO*) Veo que tu tejado ejerce influencia en el curso de los acontecimientos.

<sup>30</sup> Francisco Martínez de la Rosa es autor de un drama histórico, *La conjuración de Venecia. Año de 1310*, estrenado en abril de 1834 y que puede leerse en edición de José Paulino. Madrid, Taurus, colección Temas de España-179, 1988.

SABELOTODO.— Ha sido un descuido. No la esperaba. Me he acostumbrado a verla pasear hasta el regreso del sol sin intervenir en los asuntos ajenos. Tenemos relaciones de vecindad. Eso es todo.

EL OTRO HOMBRE.— (A MADAME PIMENTÓN) ¿Quién es esa mujer?

MADAME PIMENTÓN.— (Con la boca llena) Aquí no pregunte: otra loca. (Ríe)

EL HOMBRE.— Me voy. Tengo que irme. No encontraré el camino. (A LA CHICA) Señorita, ¿quién es usted y quién soy yo?

LA SONÁMBULA.— ¿Secretos? Me huyes. Presiento en ti deseos refrenados de ternura, tenaces obstinaciones en conocernos otra vez en forma de caricias. ¡Vamos!

EL HOMBRE.— (Sin querer ir, pero levantándose arrastrado por la costumbre de la obediencia) Voy... Siempre obedeciendo a voluntades combinadas sobre mi voluntad. Años y años obedeciendo... Voy, voy...

LA CHICA.— (Decidida) No vaya. Sea hombre. Resístase... (Se van alejando LA SONÁMBULA y EL HOMBRE hacia el filo de los tejados) ¡Vuelve!... ¡Deténgase!... ¡Va dormido!

EL OTRO HOMBRE.— Se caerá.

MARICASTAÑA.— (Incrédula) No.

EL OTRO HOMBRE.— No se anda impunemente por un tejado.

MADAME PIMENTÓN.— ¿Y quién le ha dicho a usted que esto sea un tejado?

SABELOTODO.— (Divertido) ¡Bien, Pimentoncita!

MARICASTAÑA.— (En jarras) Eso es. ¿Por qué mi tejado va a ser un tejado?

EL OTRO HOMBRE.— Porque lo ven mis ojos.

MADAME PIMENTÓN.— ¡Embusteros!<sup>31</sup>

LA CHICA.— (Siguiendo las figuras de EL HOMBRE y LA SONÁMBULA) ¡Pero ya van a desaparecer!

MARICASTAÑA.— Mi casa es mi casa y este reloj anda, y este lorito canta y esta escopeta mata.

EL OTRO HOMBRE.— Y aquella figura que desaparece es una mujer, ¿no? ¿Queréis hacerme comulgar con ruedas de molino?

SABELOTODO.— Joven, la lengua. La lengua es una excelente abogada de las malas causas, pero... utilícela en este tejado como el mayor bien que le legaron sus mayores. (Hace un gesto a MARICASTAÑA)

MARICASTAÑA.— Vamos. Aún no comenzaron para ti las mejores lecciones. Gua, perro, vamos.

EL OTRO HOMBRE.— ¿Adónde me lleva? No quiero ir.

<sup>31</sup> El clásico tema del «engaño a los ojos», con una tradición teatral que comprende desde, por ejemplo, el *Retablo de las maravillas* de Cervantes al *Nuevo retablo de las maravillas* del exiliado republicano Rafael Dieste, «mascarada en un acto» que puede leerse en su *Teatro II*, edición, estudio introductorio y notas de Manuel Aznar Soler. Barcelona, Laia, 1981, pp. 71-94.

MARICASTAÑA.— Palabras que en mi casa no se conocen. (*Se quita una zapatilla*) Después de la abundancia, el sueño.

SABELOTODO.— A la chimenea 47.

EL OTRO HOMBRE.— ¡No iré!

MARICASTAÑA.— A zapatazos.

SABELOTODO.— (*Deteniéndola*) Sin violencia, perra, es nuestro querido huésped. (*Saluda*)

MARICASTAÑA.— Pega, marido. (*Le lanza un beso*) En un pie, como las bailarinas.

MADAME PIMENTÓN.— (*Engullendo sandía*) Clocloclo...

MARICASTAÑA.— (*Desapareciendo con EL HOMBRE detrás de un grupo de chimeneas*) Sígame, señor. Por este lado del parque está lleno de abetos azules...

(*Silencio. SABELOTODO al ir a recoger las luces ve a LA CHICA, inmóvil, mirando en la dirección en que desaparecieron EL HOMBRE y LA SONÁMBULA. La contempla con cierto amor*)

SABELOTODO.— ¡Cuánta curiosidad de conocimiento! Vamos, Andrómeda, a casa, desdichada. Estás pescando todo el relente.

LA CHICA.— (*Volviéndose hacia él, maliciosa*) Pero mi casa es por allí.

SABELOTODO.— ¡Ah! ¡Pero tú creías que ibas a llevarte mis secretos hasta los oídos de tus compañeras de curso? No, no,

yo soy el Dragón, el enorme Dragón con escamas marinas. (*LA CHICA, asustada, retrocede*) Tu buen y solitario Dragón, la única forma usual para portero de princesas. (*Haciéndola retroceder hasta la guardilla*) Entra, si no quieres que eche fuego por las fauces. (*La Chica entra*) Desde mañana, Andrómeda, mirarás la extensión del mar. Puedes distraerte pensando en que venga a rescatarte alguien..., ese Perseo jovencito de estudios históricos.

LA CHICA.— No quiero. Son horribles tus maneras dragonescas. ¿Tal vez deseas oír alguna de mis cancioncillas? Érase un corpiño... (*Canturreando*)

SABELOTODO.— (*A gritos*) ¡No!

LA CHICA.— ¡Monstruo!

SABELOTODO.— Vuelve a tu acantilado a ser el ideal inconsciente. Distráete con los sueños del futuro. No hay mejor linterna mágica para dormirse. (*LA CHICA se queda dentro de la guardilla*) ¿Pimentoncita? Sustituye al Dragón por esta noche. Lo vas a hacer muy bien.

MADAME PIMENTÓN.— (*Contentísima*) Clocloclo.

(*Por los filos de las cornisas han entrado EL HOMBRE y LA SONÁMBULA. SABELOTODO se dirige a ellos.*)

SABELOTODO.— Y ustedes ahí se quedan. Pueden ver sobre sus cabezas innumerables mundos, tan débiles como nosotros para las guerras y las cuestiones del corazón. Dicen que nacieron de un amor infinito seguidos de amores innume-

rables. Descifrenlo ustedes. Soy pesimista por sabiduría. Pero ustedes pueden conocerse, objetivarse. Conózanse. El amor es una forma de ayuda mutua. Conózanse antes de la evolución fatal de la muerte.

(SABELOTODO *se aleja llevándose la última luz. Un rayo profundo ilumina a LA SONÁMBULA y luego al HOMBRE. Deja la escena iluminada mágicamente*)

EL HOMBRE.— ¡Cuánta luz!

LA SONÁMBULA.— Siempre sucede lo mismo cuando me enamoro.

EL HOMBRE.— Señorita: insisto en decirle que mi drama es distinto al del sol; no ardo, hielo cuanto toco.

LA SONÁMBULA.— (*Coqueteando*) Cuestión de acelerarse. ¡Has vivido tanto tiempo inmóvil!

EL HOMBRE.— Yo era apasionado como una abeja. No había jamás suficientes corolas en las flores.

LA SONÁMBULA.— ¡He conocido a tantos otros con esa misma facilidad!

EL HOMBRE.— En la organización universal del amor, he debido superar las mejores marcas.

LA SONÁMBULA.— (*Sentándose en el declive, como en un prado*) Todos dicen lo mismo, pero luego...

EL HOMBRE.— Le doy estos datos para que no prejuzgue. Las mujeres son dadas a lanzar especies falsas como el pino semillas.

LA SONÁMBULA.— (*Confidencial*) Pero las de los tejados son distintas.

EL HOMBRE.— No me mire así. Parece que me enciende y apaga la razón.

LA RAZÓN.— (*Como quien cede a un niño*) Habla. Duermo.

EL HOMBRE.— Yo era un hombre, ¿me entiende? Un hombre despierto, un leñador, ni más ni menos. Por las mañanas iba al bosque y retumbaba la tierra. Algunas veces me lo reprocharon. «¡Esos nidos, hombre!». Desde entonces, me llevé los pichones a casa, les curaba el susto y echándoles a volar en la cuadra vivían y se multiplicaban. Tantos guardé que la casa pareció tener alas. ¿Me escucha?

LA SONÁMBULA.— Sí, sí.

EL HOMBRE.— Perdí el sueño. Adivinaba si era una alondra, un mirlo o un ruisenor... ¡Mi madre! ¡Volaremos un día!, me decía... Y me acariciaba. Una tarde, al volver con un nido de oropéndolas amarillas y verdes, vi a mi hermano ebrio de gritos, como saliendo de cien tabernas, exterminando con una honda a toda mi minúscula familia...

LA SONÁMBULA.— (*Interesadísima*) ¡Oh! ¡Oh!

EL HOMBRE.— Nos tiramos al campo. Él, allí; yo, aquí. Y fue una guerra horrible<sup>32</sup>. ¿Sabe usted lo que eso quiere representar? Él, allí... y yo, aquí. Todo el país cruzado de ecos.

<sup>32</sup> El mito cainita, reflejado en su novela *Abel Sánchez* (1917) por Unamuno, para quien la guerra civil fue producto de un secular odio fratricida.

«¡Hermano, hermano!...» ¡Qué poca solución es matar!  
«Hermano, hermano». Él me gritaba: «Mis razones son las buenas». Y yo desde el otro monte: «No, las mías». Luego no oímos ni él ni yo más que una orden: ¡Fuego! Y disparamos.

(*El HOMBRE deja caer la cabeza*)

LA SONÁMBULA.— (*Dejándole la mano en el hombro*) ¿Quién se atreverá a condenar la ceguera de los hombres? Continúa...

EL HOMBRE.— (*Febri!*) Acérquese a mí para que se lo cuente sin palabras. Apoye su sien contra la mía. Mire. (*Fijan los dos la vista en un punto*)

LA SONÁMBULA.— No veo más que la miseria humana...

EL HOMBRE.— ... brotar a borbotones.

LA SONÁMBULA.— La tierra como un toro en canal.

EL HOMBRE.— El mar contra el fuego, el fuego contra el árbol, el árbol goteando resina, el hombre contra el hombre...

LA SONÁMBULA.— El hombre goteando sangre.

EL HOMBRE.— Somos una bolsa de cosas sucias sujetas por un hilo.

LA SONÁMBULA.— Da miedo la fragilidad del linaje humano.

EL HOMBRE.— Yo los he visto desinflados, por el suelo, con el cabello del enemigo entre los dientes...

LA SONÁMBULA.— (*Separándose*) ¡Años terribles!

EL HOMBRE.— Pasaron los años terribles y yo caí entre las manos de mi hermano el estrangulador, el que había dejado mi casa sin trinos, ¿me entiende?<sup>33</sup>.

LA SONÁMBULA.— Preferiría no entenderte.

EL HOMBRE.— Y me trató con su alegría desmedida de asesino, dejándome caer en el pozo de su venganza.

LA SONÁMBULA.— ¡Cosas de triunfadores!

EL HOMBRE.— Conocí su antimisericordia... ¿Y luego? ¿Qué pasó luego? ¿Quiere ayudarme a recordar?

LA SONÁMBULA.— También mi memoria se nubla.

EL HOMBRE.— (*Levantándose*) ¿Dónde estoy? ¿Por qué me mira usted? ¿No ve cómo mi hermano me deja suelta la cadena para luego acortarla mejor? Soy un evadido. ¿Me entiende?

LA SONÁMBULA.— (*Levantándose*) El aroma de la noche está preparado para los olvidos instantáneos.

EL HOMBRE.— No quiero olvidar. Quiero grabarme todo lo que he visto aquí para que sirva de testimonio.

LA SONÁMBULA.— (*Tendiéndole los brazos*) No me pierdas... Ven.

<sup>33</sup> La represión de los vencedores porque, como dice el personaje de don Luis a su hijo en *Las bicicletas son para el verano* de Fernando Fernán Gómez, en 1939 no había «llegado la paz, Luisito: ha llegado la Victoria» (edición de Manuel Aznar Soler y José Ramón López García. Barcelona, Vicens Vives, Clásicos Hispánicos-17, 1995, p. 169).

EL HOMBRE.— ¿Por qué me pasa sus brazos blancos por el cuello? No quiero que me toque el cuello.

LA SONÁMBULA.— Estás rendido. Dame tu mano. Hay alamedas que terminan en un punto de luz.

EL HOMBRE.— Para mí, no.

LA SONÁMBULA.— Los mortales cambian de opinión antes que el otoño las hojas...

EL HOMBRE.— (*Soñador, casi deletreando*) El otoño... las hojas...

LA SONÁMBULA.— (*Alegre*) Me encantan las palabras musicales.

EL HOMBRE.— A mí me gusta una queja aislada en forma de surtidor, un trino... (*Deteniéndose, dentro de la guardilla, La Chica arrulla a Madame Pimentón*)

Érase un corpiño,  
lirón, lirón, lirillo.  
Érase un corpiño  
con todos sus botones.

EL HOMBRE.— Escuche. Alguien canta sin rencor a la vida.

MADAME PIMENTÓN.— (*A LA CHICA*) ¿Tú roncas?

LA CHICA.— Como cien locomotoras.

Érase un corpiño...

LA SONÁMBULA.— Me parece que tu oído musical no es muy fuerte.

EL HOMBRE.— (*Nervioso*) ¡Cállese!

Érase un corpiño

(*Y asomándose al ventanillo*)

LA SONÁMBULA.— ¿Qué miras?

EL HOMBRE.— La maravillosa organización de la belleza.

LA SONÁMBULA.— Es una chiquilla fácil de encontrar ante cualquier escaparate de artículos de sport. Ven.

MADAME PIMENTÓN.— Canta más despacito. Estoy haciendo un viaje maravilloso hacia mi infancia...

LA CHICA.— ¿Tienes bastante o necesitas más dosis?

MADAME PIMENTÓN.— Una pequeña dosis más y quedo reducida a la mitad de mi tamaño.

LA CHICA.— Érase un corpiño...

LA SONÁMBULA.— Ese prodigio antilunar no nos interesa. Vamos.

EL HOMBRE.— Es una voz humana. La primera que oigo... No me había dado cuenta hasta que es para mí inalcanzable...

(*LA CHICA sigue tarareando. Cuando MADAME PIMENTÓN se duerme, LA CHICA le quita el sombrero y las sayas. Termina de vestirse medio silbando burlonamente la cancioncita*)

Pobre niña. ¡Se disfraza para huir de nosotros!

LA SONÁMBULA.— La primera juventud está siempre dispuesta a cambiar de piel al doblar una esquina.

EL HOMBRE.— ¿No encuentra usted correcto que quiera huir? La tenían encerrada. (*Sale por el tejado muy despacio La Chica*) ¿Quiere seguirla? ¡Mírela cómo reluce!

LA SONÁMBULA.— ¡Ya se le exaltan los deseos insatisfechos!

EL HOMBRE.— ¡Insatisfecho! Acaba de atravesarme el corazón el relámpago de una palabra.

LA SONÁMBULA.— ¿Amor?

EL HOMBRE.— ¡Amor! ¡Amor! ¡Esa niña se llama amor?

LA SONÁMBULA.— Yo también llevo ese nombre.

EL HOMBRE.— (*Sin escucharla*) ¡Pensar que podía haber muerto sin pronunciar esa palabra! Mírela, es una adolescente temerosa. No sabe dónde pone el pie... Está tan próxima al juego, que cuanto toca lo convierte en un recreo infinito.

LA SONÁMBULA.— (*Sarcástica*) Te has vuelto elocuente ante ese pequeño producto de la tierra. ¿No recuerdas ya que los sabuesos oficiales te siguen?

EL HOMBRE.— No veo más que a ella, no deseo más que a ella...

LA SONÁMBULA.— Te has encontrado en la abrumadora calma de la noche, ciego de deseos inconscientes.

EL HOMBRE.— Sí..., me he encontrado. Estoy dispuesto a admirar hasta las uñitas de sus pies... (*En su camino vacilante, LA CHICA se ha acercado al grupo de chimeneas. EL HOMBRE se levanta y la detiene*) ¿Qué? ¿Qué? ¿Soy yo el que la detiene y abraza? Dígame pronto, ¿soy yo aquel que respira su corazón? ¡No, no quiero verlo!

LA SONÁMBULA.— Mira..., mira con tus ojos de genial enamorado repentino.

EL HOMBRE.— Soy yo, no puede ser nadie más que yo. ¿Quién si no yo puede sujetarla en el momento de caer?

LA SONÁMBULA.— Otro. Otro como una gota de agua puede sustituir a otra gota de agua. Tal vez tu hermano, el de los pajaritos.

EL HOMBRE.— (*Sordamente*) No. (*Se lanza hacia la chimenea*) ¡Suéltala!

EL OTRO HOMBRE.— (*Rápido*) Más bajo..., hay muchos ecos.

EL HOMBRE.— Siempre me están amenazando con fantasmas. ¡Suéltala! Esa mujer es mía.

EL OTRO HOMBRE.— Habría que discutir primero si es mujer.

LA CHICA.— ¡Oiga, usted exagera!

LA SONÁMBULA.— ¿Tendría esos ojos llameantes si no lo fuera?

LA CHICA.— No se miren ustedes de ese modo. Están fascinadores como un espectáculo imprevisto.

EL HOMBRE.— ¡Suéltala! Estoy ardiendo.

EL OTRO HOMBRE.— Nunca.

LA SONÁMBULA.— (*Tendiéndole los brazos*) ¿Ya se te ha lavado la memoria? ¿Y la cárcel, y las noches de tortura y la libertad esperada y los hermanos condenados a morir en el légamo de la antimisericordia?

EL HOMBRE.— Soy un hombre, y te lo voy a probar, como los hombres lo prueban, incrustándote mis dedos en el cuello, atravesándotelo.

LA SONÁMBULA.— (*Tristísima*) Sí, es un hombre. ¿Quién se lo puede negar después de esas atroces palabras? Escucha. Vuelve a mí. Soy tu razón perdida.

LA CHICA.— Señora, ¿usted por qué se mete?

EL OTRO HOMBRE.— (*Dirigiéndose a la mesa*) Hemos olvidado los cuchillos.

LA SONÁMBULA.— (*Desesperada*) ¡Por favor! ¡Ya zumban por el aire las flechas de los dioses! Algo irremediable va a ocurrir. ¿No me hablabas tú mismo de la fragilidad de los cuerpos humanos?

EL HOMBRE.— Calla.

LA SONÁMBULA.— No, he de advertirte, pegándome a tu oído, adherida a tus huesos.

EL HOMBRE.— No puedo soportarte más... Calla o...

EL OTRO HOMBRE.— ¡Cobarde!

LA SONÁMBULA.— ¿Vuelve por tu razón perdida!

EL HOMBRE.— (*Furioso*) Vete... Largo. Es mi deseo.

LA SONÁMBULA.— (*Alejándose, feérica*<sup>34</sup>) ¡Tu deseo...!

EL HOMBRE.— Mi gusto.

LA SONÁMBULA.— (*Casi un eco*) Tu gusto...

EL HOMBRE.— Por ti voy a perder la razón.

LA SONÁMBULA.— (*Casi a punto de desaparecer*) ¡La razón! ¡Oh triste raza de los hombres!

<sup>34</sup> «Relativo a las hadas».

(EL HOMBRE levanta la escopeta y se oye un ruido seco. LA SONÁMBULA cae<sup>35</sup>. Todos se quedan mudos. MADAME PIMENTÓN se despierta)

MADAME PIMENTÓN.— (*Cómicamente asustada*) ¿Qué, qué ocurre? Niña, ¿no cantas? ¡Niña, niña! Se me ha escapado. ¡Oh, cómo me van a reñir!

SABELOTODO.— (*Apareciendo por los tejados, seguido de MARICASTAÑA. Mira todo de una ojeada y al ver a MADAME PIMENTÓN en enaguas, le dice, severamente:*) ¡Vístase convenientemente!

MARICASTAÑA.— (*Juntando las manos al ver a la muerta*) ¡Marido!

SABELOTODO.— (*Señalando a LA CHICA*) Desnuda a esa criatura. (*LA CHICA se desviste precipitadamente*) ¡A tu encierro, Andrómeda!

LA CHICA.— ¡Dragón, dulce Dragón!

SABELOTODO.— ¡Mira tu trabajo de florecita inconsciente!

LA CHICA.— ¡Quiero volver a mis acantilados infantiles! (*Casi llorando*)

<sup>35</sup> También El Hombre, vencido por La Tentación, asesinaba a La Mujer en *El hombre deshabitado* de Rafael Alberti al clavarle un puñal en el corazón (*El hombre deshabitado. Noche de guerra en el Museo del Prado*, edición crítica y estudio preliminar de Gregorio Torres Nebrera. Sevilla, Ediciones Alfar, 1991, p. 172).

MADAME PIMENTÓN.— (*Enfadada*) Entra... Y si cantas, te retorceré el pescuezo.

SABELOTODO.— (*A los dos HOMBRES*) Vosotros aquí. (*Le señala al HOMBRE una silla*) Y aquí. (*Le señala otra silla al OTRO HOMBRE. Él se sienta detrás de la mesa*) Maricastaña, sienta también a esa forma blanca caída del furor de un hombre.

MARICASTAÑA.— (*Arrodillándose y levantándola por los hombros*) Habría que inventar un arrepentimiento nuevo para esta desgracia.

SABELOTODO.— (*Firmemente, dirigiéndose a los dos HOMBRES*) ¡Ayudad!

EL HOMBRE.— (*Sollozando y levantándose automáticamente*) ¿Por qué me añades la tortura de tocarla?

SABELOTODO.— Porque no hay mejores testigos que los muertos.

*(Agita una campanilla y cae el*

*TELÓN)*

## ACTO TERCERO

**E**L telón se levanta sobre el mismo decorado del primer acto, pero los personajes están en igual postura que los dejamos en el segundo. Es decir, la escena ha tomado distancia. EL HOMBRE, apoyado en el filo de la mesa, llora. En el sillón está sentada LA SONÁMBULA, con las manos colgando, más aérea que nunca. EL OTRO HOMBRE ríe, haciendo gestos a MARICASTAÑA de que observe al HOMBRE.

SABELOTODO.— (*Al HOMBRE*) Vamos, hombre, calla. No empapes la mesa de la justicia.

EL OTRO HOMBRE.— (*A carcajadas*) ¡El bonito espectáculo del arrepentimiento! Todo es tan cómico en ese ser...

SABELOTODO.— Como que es un espejo y te estás viendo tú.

EL OTRO HOMBRE.— (*Repentinamente paralizado*) ¿Yo?

SABELOTODO.— Y cuando me miras a mí, eres tú..., y cuando vas por la calle y miras a cada transeúnte, eres tú. Y cuando los otros matan, pues eres tú. Ésa es precisamente la zona sin memoria de los hombres.

EL OTRO HOMBRE.— ¿Yo? ¿Yo llorando por haber asesinado?

SABELOTODO.— Sí, tú. ¿No te hablaron nunca de las responsabilidades lejanas?

MARICASTAÑA.— Este hombre no debe haber ido a la escuela.

EL OTRO HOMBRE.— (*Reaccionando*) Menos mal que tengo los ojos bien limpios, que si no...

SABELOTODO.— Pues mírate. (*Señalando al HOMBRE*) Ves, lloras. Has cometido un crimen. La conciencia al despertarse te araña el pecho y grita: «¡Me ahogo! ¡Quiero salir! ¡Oh, qué estrecha habitación es un hombre!». Sollozos de sentimientos encontrados. Quisieras retroceder pero no puedes, porque, mira bien, el muerto está aquí.

EL OTRO HOMBRE.— (*Levantándose a mirarla*) ¡Oh, era una mujer hermosa!

SABELOTODO.— Sí..., se llamaba Razón.

EL HOMBRE.— (*Levantando la cabeza, afligido*) ¡Razón! ¡Razón! ¿Quién la ha nombrado?

EL OTRO HOMBRE.— (*Tocándola<sup>36</sup> las manos*) Sus manos largas parecen tocarme los sentidos.

SABELOTODO.— Ella los domina. Pero ya nada puede. Cuando pase sobre su traje el viento de la noche, nos la arrebatará para el cielo de los fantasmas. El mundo no la merecía.

EL OTRO HOMBRE.— ¿Y viviremos sin razón?

---

<sup>36</sup> El característico «laísmo» madrileño, utilizado también por María Teresa León.

SABELOTODO.— (*Alzando los hombros*) ¡Para el trato que la dábais!

EL HOMBRE.— Quisiera levantarme, pero no puedo. Ya mis piernas no quieren huir.

SABELOTODO.— (*Al OTRO HOMBRE*) ¿Ves a lo que has quedado reducido?

EL OTRO HOMBRE.— Me niego a ser ése. Todo es una vergonzosa mentira. Yo no maté.

SABELOTODO.— Éste, tú, yo... ¡Qué más da! Asesinos, instigadores, encubridores... ¡Qué más da! Asesinatos en una encrucijada, en una trinchera, en la guerra atómica<sup>37</sup>, en la cárcel... ¡Qué más da! ¿Dónde empiezan y terminan los hilos responsables de una muerte? ¿No pueden hallarse también en un devocionario, en un simple tratado de comercio, en una carta de amor?

EL HOMBRE.— Algo se me ilumina por dentro.

SABELOTODO.— Unos por haber hecho demasiado, otros por haber dejado de hacer... Dios, Dios, ¡qué mundo en desbandada! Pero aquí no tratamos de esos casos generales, sino de uno concreto. El muerto está aquí. Maricastaña, querida mía, la prueba. Escúchale el corazón y dinos si uno solo de sus latidos nos absuelve.

---

<sup>37</sup> Recuérdese que el presidente norteamericano Truman ordenó el 6 de agosto de 1945 el lanzamiento de bombas atómicas sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki.

MARICASTAÑA.— (*Se acerca a escuchar*) No..., y el no que te digo me duele. Había empezado a considerarla el verdadero objeto de lujo de mi tejado. (*Volviendo a su sitio*) Salía a hora fija..., cantaba. Su sombra, al llegar a las chimeneas, se doblaba cómicamente. Nosotras, (*señalando a MADAME PIMENTÓN, vigilante en la puerta de la guardilla*) como somos dos mujeres sencillas, nos echábamos a reír. ¿Verdad, Pimentoncita?

MADAME PIMENTÓN.— (*Adelantándose*) Sí, sí, su sombra se le arrastraba pausadamente con toda la nobleza palatina y de pronto se quebraba de un modo grotesco formando ángulos, narices, caras, alas de pájaros, objetos inadecuados para una sombra perfecta.

SABELOTODO.— Está mal que recordéis esos extravíos, a los que ella no puede objetar. ¿De qué modo hubiera podido evitarlo? La sombra se pega donde puede, se aplasta sin mucha conciencia propia a la vacilación de la figura, es como el negativo de la razón..., la inconsciencia.

MARICASTAÑA.— ¡Qué mujer sensible! Al menor soplo vacilaba. Nunca estuvimos muy seguros de que permaneciera entre nosotros.

EL HOMBRE.— Y, ¿por qué estaba aquí?

SABELOTODO.— Como estás tú, buscando refugio. La expulsaban de todas partes.

EL HOMBRE.— ¿Y no estará dormida? ¿No será el sueño de la razón?<sup>38</sup>

<sup>38</sup> Antonio Buero Vallejo, *El sueño de la razón*, obra protagonizada por Goya que fue estrenada el 6 de febrero de 1970 en el teatro Reina Victoria de Madrid

SABELOTODO.— (*Al OTRO HOMBRE*) Amigo mío, es el de la muerte. La muerte tan sueño como la vida. Un pequeño guión los separa. Eso es todo. Pero tú lo que quieres es liberarte de los monstruos que la muerte de la razón despierta en tu conciencia<sup>39</sup>. Levántate y compruébalo tú mismo.

EL OTRO HOMBRE.— ¿Y qué tengo yo que ver con todo esto? Es *ése* quien te habla. *Ése*, el asesino.

EL HOMBRE.— Yo no quiero verla. Me avergüenza que me veáis palidecer o enrojecer por algo que yo no he solicitado.

SABELOTODO.— (*Al OTRO HOMBRE*) Es que estás dentro de ti pensando: «¿Un muerto? Bah, ¿qué puede eso importarme cuando es la industria más floreciente de mi época?». En la casa donde yo vivía (*mirando significativamente al OTRO HOMBRE*), muro por medio, había seiscientos muertos vivos. Respiraban apenas, esperando sufrir por turno la experiencia pedagógica más inmerecida de los siglos: conocer la muerte por grados. Sí, estoy hablando de los condenados a muerte<sup>40</sup>. (*EL OTRO HOMBRE baja la vista. EL HOMBRE escucha*) Allí prosperaba la ancianidad quemando etapas en los

y cuya acción dramática se sitúa «en Madrid. Diciembre de 1823». Esta «fantasía» bueriana puede leerse ahora en edición de Mariano de Paco (Madrid, Espasa-Calpe, colección Austral-248, 1991).

<sup>39</sup> Goya, «El sueño de la razón produce monstruos». Capricho 43, 1797-1798 (en Pierre Gassier, *ob. cit.*, p. 138).

<sup>40</sup> Sobre la represión franquista pueden consultarse los libros de M. Richards, *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945* (Barcelona, Crítica, 1999); Rodolfo y Daniel

rostros de los adolescentes, allí se acurrucaban otros en su infancia. No se les podía mirar. Cuando morían, devolvían a sus familiares el cesto. ¡Eh, mujer! ¡Cuántas mañanas llevaste a ese sitio horrible una cesta inocente de juncos de ribera!

MARICASTAÑA.— Prefiero sollozar a recordarlo.

SABELOTODO.— Tu memoria debe serte más fresca, Pimentoncita.

MADAME PIMENTÓN.— Yo iba llena de secretos. Tú me los dabas. Yo te obedecía. Cloclocloco. ¿Puede haber nada mejor que obedecer?

SABELOTODO.— ¡Secretos! Iban y volvían secretos de aquel lugar horrible a este tejado lleno de humanidad incurable.

MARICASTAÑA.— En ocasiones, lo llenábamos todo de papeli-  
llos.

SABELOTODO.— Eran noticias de la guerra. La gran expiación de los hombres.

MADAME PIMENTÓN.— Parecía una fiesta.

SABELOTODO.— Una verbena muy diferente de los olvidos transitorios que ustedes celebran... A usted me refiero, jovencita.

---

Serrano, *Toda España era una cárcel. Memoria de los presos del franquismo* (Madrid, Aguilar, 2002) y, por último, el coordinado por Julián Casanova, *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco* (Barcelona, Crítica, 2002).

(LA CHICA *se asoma a la ventana de la azotea*)

LA CHICA.— Dragón, creí que me habías olvidado... ¡Por fin devuelves a mi reja todas sus campanillas!

SABELOTODO.— Los jóvenes son tontos incurables.

LA CHICA.— ¿Te estás volviendo maligno?

SABELOTODO.— (*Agitando su campanilla*) Silencio.

MARICASTAÑA.— ¿No te inquieta que nos oigan?

SABELOTODO.— Ya puse a la casa la red contra las indiscreciones.

EL OTRO HOMBRE.— (*Levantándose*) Sucede que no entiendo.

SABELOTODO.— La red para detener los sonidos. Es bien fácil.

EL HOMBRE.— (*Levantándose también*) Me quiero ir.

SABELOTODO.— (*Al HOMBRE*) Siéntese, acusado. (*Se queda escuchando el tintín de la campanilla*) ¡Qué bien suena!

LA CHICA.— (*Riéndose*) Soy yo que he hecho el eco.

EL OTRO HOMBRE.— Todas las campanillas tienen eco.

SABELOTODO.— Ésta más que ninguna, pues sólo se agita en los juicios contra los perversos. Las otras, contra los inocentes.

EL HOMBRE.— (*Aproximándose a la mesa*) ¿Me enjuicias?

SABELOTODO.— Sí.

EL OTRO HOMBRE.— (*Acercándose*) Yo también vengo de un lugar horrible.

SABELOTODO.— Para vendernos.

EL HOMBRE.— (*Retrocediendo*) ¡No! (*Se miran aterrados*)

EL OTRO HOMBRE.— (*No pudiendo sostener la mirada*) Pero este juicio carece de corrección. El procedimiento no es legal.

SABELOTODO.— (*Untuoso*) Estamos cambiando ideas amigablemente. Siéntense los acusados.

EL OTRO HOMBRE.— Yo no hablo con quien no conozco. ¿Quién es usted?

SABELOTODO.— Un hombre que sabe convertir en perro a otro hombre para que cumpla mejor su oficio de perro, para que olfatee mejor. ¿Por qué, si no, llegaste a estas honradas alturas enlunadas de los que no se rinden?<sup>41</sup>.

EL HOMBRE.— Me voy..., todo vacila bajo mis pies.

SABELOTODO.— (*Al OTRO HOMBRE*) No has llegado aquí para... (*Se lleva las manos a la boca y sopla*)

EL OTRO HOMBRE.— ¿Por dónde es la salida de este túnel?

SABELOTODO.— Me parece que sigues mirándote en el espejo y confundes tu imagen. Yo no te he traído a mi casa. Yo no te he llamado traidor a ti sino a ti. (*Señalando al HOMBRE*)

<sup>41</sup> Sobre el tema pueden consultarse los libros de Valentina Fernández Vargas, *La resistencia interior en la España de Franco* (Madrid, Ediciones Istmo, 1981); Francisco Moreno Gómez, *La resistencia armada contra Franco. Tragedia del maquis y la guerrilla* (Barcelona, Crítica, 2002) y Secundino Serrano, *Maquis. Historia de una guerrilla antifranquista* (Madrid, Temas de Hoy, 2001).

EL HOMBRE.— (*Exaltado*) ¿Traidor yo? Ya no sé lo que oigo. Dime que he matado, dime que me he vaciado las entrañas de razón, dime que esa pobre escopeta herrumbrosa ha cometido por mí un crimen horrible, pero si repites la palabra traidor, soy capaz de ahogarte. (*Se acerca al OTRO HOMBRE tambaleándose*)

SABELOTODO.— Maricastaña, mujer, envuélvele la cara en un buen paño de recias costumbres. No conviene que se vean. Confunden las respuestas. (*MARICASTAÑA lo hace y EL HOMBRE se sienta*)

EL OTRO HOMBRE.— Perfecto. ¿Qué tienes que decirme? ¿De qué me acusas?

SABELOTODO.— (*Levantando los hombros*) Bah, de narcisismo, de buscar siempre una fuente que repita los gestos feos que haces cuanto te miras las entrañas. (*Ríe*)

EL OTRO HOMBRE.— (*Como buscando liberarse de un paño sobre el rostro*) Me ahogo aquí. No puedo soportar esta máscara sobre mi rostro, esa tela inatravesable.

SABELOTODO.— (*Ríe*) ¡Pero si tu cara está desnuda! Hasta parece que un poco más arrebolada de pasión que cuando detuviste a la muchacha junto a la chimenea 47. ¿Qué opinarán de eso los que te enviaron?...

LA CHICA.— Entonces le daba la luna.

EL OTRO HOMBRE.— Esa chica ha sido mi perdición. La deseé porque otro hombre la perseguía.

SABELOTODO.— ¡Correcto!

EL OTRO HOMBRE.— Casi ni vi sus ojos: estaba todo borrado por un temblor profundo de estrellas. Sólo quise hundir mi mano en su seno para volver a ser un hombre.

(EL HOMBRE *envuelto se agita*)

SABELOTODO.— (A MARICASTAÑA) Transmite perfectamente.

LA CHICA.— ¡Eh, Dragoncillo, me parece que están extralimitándose en el lenguaje! ¡Mis senos! Ese señor podría refrenar su lengua.

SABELOTODO.— Ya saben los muchos testigos que Andrómeda era virgen. No necesitamos insistir. Yo, que fui tu Dragón portero, recuerdo perfectamente que la isla estaba desierta y, ¡ay!, yo no soy Júpiter para permitirme metamorfosis.

EL OTRO HOMBRE.— Me ahogo. Quisiera decirte que necesito aire.

SABELOTODO.— Maricastaña, un abanico. (*Se lo dan*)

EL OTRO HOMBRE.— ¡Sed!

SABELOTODO.— Pimentoncita, agua. (*Se la dan*)

EL OTRO HOMBRE.— (*Vencido*) ¿Podrías descubrirme?

SABELOTODO.— (*Indicando que descubran al HOMBRE*) Con mucho gusto.

EL OTRO HOMBRE.— (*Mirándolo enloquecido*) ¡Ése, ése es el asesino!

EL HOMBRE.— (*Acongojado*) Temo volverme loco.

SABELOTODO.— Lo estás. El único remedio a tu locura nativa y persistente aquí lo tienes, muerta.

EL HOMBRE.— Yo sólo deseaba salvarme cuando llegué aquí.

SABELOTODO.— (*Compasivo*) ¿Ves como basta un punto para perdernos? Fue esa pobre niña...

EL HOMBRE.— Quise salvarme en ella. ¡Ella! ¡Qué palabra alta!

MARICASTAÑA.— ¿Y cómo se llama ésa, gorrioncito?

EL HOMBRE.— ¡Amor!

La Chica.— (*Conmovida*) ¡Amor!

EL OTRO HOMBRE.— ¿Amor?

LA CHICA.— (*Palmoteando*) ¡Escucha, Dragoncito, me llamo amor!

SABELOTODO.— Hermoso acantilado de dos sílabas. Bueno para romperse las narices sin ver el disparate de andar por los aleros de los tejados públicos. (*Al HOMBRE*) Aquí llegaste para cosas diferentes y, apenas libertado, te esclavizas.

EL HOMBRE.— (*Sin acertar a situarse*) Pero, ¿a qué llegué, podría usted decírmelo?

EL OTRO HOMBRE.— (*Levantándose como un sonámbulo*) ¿A qué llegué? No me miren así. Yo no sé nada... Me mandaron... ¿A qué llegué? ¿Podría usted decírmelo?

MARICASTAÑA.— (*Volviéndole la espalda*) A otra puerta.

EL OTRO HOMBRE.— (*A MADAME PIMENTÓN*) ¿Y usted?

MADAME PIMENTÓN.— (*Volviéndole la espalda*) A otra puerta.

EL OTRO HOMBRE.— (A SABELOTODO) ¿Y usted?

SABELOTODO.— A otra puerta.

EL OTRO HOMBRE.— (A LA SONÁMBULA) ¿Y usted?

LA SONÁMBULA.— A encontrarme a mí.

EL HOMBRE.— (*Reaccionando*) Entonces, ¿mi razón estaba perdida?

LA SONÁMBULA.— La razón estaba perdida para el hombre.

EL HOMBRE.— ¿Para todos los hombres? ¿No la habíamos encontrado en el sufrimiento total?

LA SONÁMBULA.— El sufrimiento no ha engendrado más que la venganza, el recelo, la desconfianza hacia tus semejantes.

EL HOMBRE.— Ésa es la Historia de la Humanidad que nos enseñaron. ¿Tenemos otra?

LA SONÁMBULA.— Desvías de nuevo.

EL HOMBRE.— (*Llamando*) Madre, madre, tu mano y así no estaré solo.

LA SONÁMBULA.— Yo podría tenderle la mía, pero estoy asesinada.

EL HOMBRE.— ¿Y no vale lo que sufrí? ¿Nadie recuerda mis años heroicos? ¿Nadie ve que estoy frente a todos? (*Dirigiéndose al público*) ¿Ni tú, desmemoriado; ni tú, satisfecho; ni tú, insensible? ¿Me vais a dejar caer eternamente? ¿No me oís, secos, cenicientos, tontos, dormidos, desmemoriados?

SABELOTODO.— No, no te oyen. El sufrimiento ha pasado de moda. Ahora es la paz, la pequeña paz de los pequeños vientres satisfechos<sup>42</sup>. Todo mete mucho ruido y, sin embargo, ellos duermen desde las butacas de los teatros a las masas de las conferencias internacionales. Si alguna voz se levanta, si alguna sensatez se dice, pronto la ahogan como temerosos de perturbar el sueño de sus negocios individuales. Nadan en salsa de negocios. ¿Cómo han podido taparse los agujeros que les abrieron las balas en los oídos? ¿Ah, eso quisiera yo saber para ser tanto como Dios. ¿Conoces las noticias? Ven, Pimentoncita, hermoso adefesio mío<sup>43</sup>, gran tarasca de la Humanidad, danos a conocer el ruedo de tus faldas.

(MARICASTAÑA *se arrodilla y de los ruedos de las sayas de MADAME PIMENTÓN van saliendo abundantes noticias internacionales de interés inmediato. Por*

<sup>42</sup> Luis Cernuda publicó en la página nueve del número 6 (abril de 1934) de *Octubre* —revista madrileña de los «escritores y artistas revolucionarios» en la que tuvieron un destacado protagonismo tanto Alberti como María Teresa León— un poema titulado «Vientres sentados» (recogido en su *Poesía completa*, edición de Derek Harris y Luis Maristany. Barcelona, Barral Editores, 1977, pp. 549-550), furioso alegato contra la moral y sociedad burguesas, sensibles tan sólo a sus intereses económicos según Sabelotodo.

<sup>43</sup> Sabido es que una obra de Rafael Alberti se titula *El adefesio*, estrenada el 8 de junio de 1944 por la Compañía de Margarita Xirgu en el Teatro Avenida de Buenos Aires y que puede leerse, publicada junto a *De un momento a otro*, en edición de Gregorio Torres Nebrera (Madrid, Cátedra, Letras Hispánicas-356, 1992, pp. 235-311).

*ejemplo: Plan Truman<sup>44</sup>, Ley de Sucesión de Franco<sup>45</sup>, reunión de cancilleres en Moscú, discursos de Wallace<sup>46</sup>, todo mezclado con leves comentarios. Telegramas de Palestina, de Madagascar, del precio de la vida en una ciudad europea, etcétera)*

SABELOTODO.— «España: Diez jóvenes, el menor de diecisiete años, han sido condenados a muerte». (*Todas estas noticias se leerán por los tres personajes rápidamente y con tono de lectura radial, cambiando mucho cuando den el rápido comentario*)

EL HOMBRE.— (*Sobresaltándose*) ¡En España! ¡Oh, palabra perdida entre las miles de palabras que brotan de una linotipia!

SABELOTODO.— Te duele porque es la tuya, la que te corresponde, pero todos los presentes serían capaces de encontrar en otras palabras semejantes razones para dudar del Hombre, para llorar a ríos...

EL OTRO HOMBRE.— (*Regocijado*) ¡Miren, miren qué río de noticias y noticias! ¡Esto no tiene fin! Ya nadie tiene tiempo de leerlas. Resbalan, nos lamen los ojos al despertarnos. ¡Ni siquiera un crimen conseguiría destacarse en esta catarata!

<sup>44</sup> Tras la muerte de Roosevelt el 12 de abril de 1945, Harry S. Truman fue el nuevo presidente de los Estados Unidos de América hasta enero de 1953, en que le sucedió el general Eisenhower.

<sup>45</sup> El 1 de abril de 1947 el dictador Franco promulgó la Ley de Sucesión, que declaraba a España una «monarquía católica, social y representativa».

<sup>46</sup> Henry Wallace, secretario de Comercio en 1945-1946, cargo del que dimitió por su oposición a la política antisoviética del presidente Truman.

SABELOTODO.— Noticias, sí, noticias sobre el desacuerdo y el desconcierto. ¿Dónde está la palabra paz?<sup>47</sup> ¿La has pronunciado, Pimentoncita? ¿O tú, Maricastaña mía, la dijiste alguna vez? Quiero encontrarla, pero me ciega la incertidumbre.

EL OTRO HOMBRE.— ¡Bonito mundo derribándose!

SABELOTODO.— (*Con firmeza*) El tuyo.

EL OTRO HOMBRE.— El mío quiere levantar murallas inmensas, encastillarse, cerrarse de púas, desconocer a los vecinos, no mirar las vidrieras internacionales, fomentar el orgullo<sup>48</sup>.

SABELOTODO.— (*Irónico*) ¿Oyes, Pimentoncita? ¿No sería mejor que lo convirtieras definitivamente en perro? Para lo que sirve la memoria...

EL OTRO HOMBRE.— (*Exaltándose*) Ya no me hará usted mirar más a ése. Me miraré a mí solo.

SABELOTODO.— ¡Pobre sabiduría del ombligo!

EL OTRO HOMBRE.— Y me iré riéndome a carcajadas de este tejado, de esa tarasca, de su razón muerta, de esa vieja horrible, de ese hombre indeciso, de aquella niña petulante.

<sup>47</sup> En aquel contexto de «guerra fría» entre los Estados Unidos de América y la antigua Unión Soviética, la batalla se planteó entre los conceptos de «libertad» y «paz», respectivamente. Rafael Alberti escribió en 1950 su *Cantata por la paz y la alegría de los pueblos*, con música de Salvador Bacarisse, y en 1954 *Un tema peligroso (breve suceso de nuestra época, en dos cuadros)*, reunidas ambas en *El poeta en la calle (obra civil)*, edición al cuidado de Aitana Alberti. (Madrid, Aguilar, 1978, pp. 911-940 y 941-954, respectivamente).

<sup>48</sup> El fascismo encarnado por El Otro Hombre se expresa como un mundo cerrado y dominado por el nacionalismo ciego, la xenofobia y el racismo.

LA CHICA.— ¡Eh, joven, guárdese los adjetivos!

EL OTRO HOMBRE.— Me iré de nuevo lejos, adonde pierda de vista estos tejados.

SABELOTODO.— ¿A buscar la libertad?

EL OTRO HOMBRE.— (*Deteniéndose cortado*) ¿Yo he dicho eso?

SABELOTODO.— No..., lo ha pensado *ése*. Su pensamiento sobre la Libertad es tan fuerte que lo has pronunciado tú.

EL OTRO HOMBRE.— ¿Y tengo que pensar sobre el amor, la vida, Dios, la muerte como ese hombre siempre dudoso piensa?

SABELOTODO.— Mientras estés sobre mis tejados, sí.

MARICASTAÑA.— (*Reprochando a SABELOTODO*) Sobre *mis* tejados.

SABELOTODO.— (*Besándole la mano*) Sobre *tus* tejados. La casa siempre te pertenecerá.

EL OTRO HOMBRE.— ¿No tengo salida?

SABELOTODO.— Poca.

EL OTRO HOMBRE.— (*Avanzando hacia las chimeneas*) ¿Poca?

SABELOTODO.— Poca.

(*Todos, menos La Razón y Sabelotodo, le siguen con la vista*)

EL HOMBRE.— (*Siguiendo su huida*) ¿Poca?

SABELOTODO.— (*El mismo juego*) Poca.

EL HOMBRE.— (*Empezando a sonreír, sarcástico, en el primer límite*) ¿Poca?

(*Un redoble lento de tambor de circo, que va luego acelerándose, sigue esta escena*)

SABELOTODO.— Poca.

EL OTRO HOMBRE.— (*En el filo de la azotea*) ¿Poca?

SABELOTODO.— Poca.

EL OTRO HOMBRE.— (*En el último alero del tejado con una cajada, juzgándose a salvo*) ¿Poca?

SABELOTODO.— (*Levantándose de su asiento, extiende una mano inexorable*) ¿Poca!

(*Gran redoble final. EL OTRO HOMBRE da un grito que parece rebotar en la noche, desapareciendo. Silencio profundo. Comienzan los murmullos de la calle. El pitido lacerante de la policía. Después, voces en la escalera. El cielo está cruzado de haces de luz que parecen buscar por los tejados*)

SABELOTODO.— (*Decidido*) ¡Pronto, Maricastaña! ¡La ilusión engañosa!

(*Las dos mujeres sacan telas de gasa blanca y cruzan toda la escena de un tendido ligero que se mueve con el viento. LA SONÁMBULA se levanta y toma su puesto del primer acto. EL HOMBRE se retira contra una chimenea*)

VOZ DEL HOMBRE PRIMERO.— Válgame Dios, cada vez hacen las casas más altas. Ésta me quitará el resuello.

VOZ DEL HOMBRE SEGUNDO.— Las escaleras arruinarán nuestro oficio. Aunque ésta ya la debiéramos conocer, me he pegado tres golpes en la frente. (*Aparecen, como la vez primera, llenándolo todo de luz*) Buen hombre, su escalera no tiene la luz obligatoria. Págueme la multa.

SABELOTODO.— (*Haciéndolo*) Con mucho gusto.

HOMBRE PRIMERO.— Menos mal que sus maneras son exquisitas, porque de su tejado caen cosas inaceptables para una ciudad.

SABELOTODO.— ¿Qué, dignísimos visitantes?

HOMBRE SEGUNDO.— Caramba, un hombre.

SABELOTODO.— ¿Un hombre? Mi comercio se limita a mujeres.

(*Todos sonríen como estando en el secreto*)

HOMBRE PRIMERO.— Tenemos que registrar. ¡Oh, si viera usted las cosas que encontramos en los registros!

SABELOTODO.— (*Mientras los otros buscan*) Camas deshechas de noches amorosas.

HOMBRE PRIMERO.— Peor, peor.

SABELOTODO.— Jovencitas a quienes ya la experiencia nada enseña.

HOMBRE SEGUNDO.— Peor, peor. Ésas no serían desagradables. (*Ríe bestialmente*)

SABELOTODO.— Incrédulos, gentes a quienes se ha de catalogar entre los execrables.

HOMBRE PRIMERO.— Mucho peor.

SABELOTODO.— A la tercera va la vencida. No lo sé.

HOMBRE SEGUNDO.— (*Acercándose confidencial*) ¡Literatura!<sup>49</sup>.

SABELOTODO.— (*Aspavoroso*) ¡Jesús!

HOMBRE PRIMERO.— Libros.

SABELOTODO.— ¡Dios me valga! (HOMBRE SEGUNDO, *colocándose al lado de SABELOTODO*)

HOMBRE SEGUNDO.— Donde...

HOMBRE PRIMERO.— (*Al otro lado y lleno de gestos misteriosos*) Usted me entiende.

SABELOTODO.— Pero yo, ¡chitón!

HOMBRE SEGUNDO.— (*Haciendo ademán de escribir*) Usted no será de esos que...

SABELOTODO.— (*Inocentísimo*) ¿Qué?

HOMBRE PRIMERO.— Que vamos..., (*Ademán de escribir*) y que...

SABELOTODO.— ¿Escribir yo? Jamás. A veces sueño alto.

HOMBRE SEGUNDO.— Cuidadito con los sueños.

---

<sup>49</sup> Hipérbole caricaturesca de estos «sabuesos» franquistas, herederos del grito tristemente célebre lanzado el 12 de octubre de 1936 por el general Millán Astray contra Unamuno en el paraninfo de la universidad de Salamanca: «¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte!».

SABELOTODO.— Sueño poco..., un sueñecito trimestral a la hora de la siesta.

HOMBRE PRIMERO.— Todas las preocupaciones son pocas. Duerma con mosquitero.

SABELOTODO.— Se lo recomendaré a Maricastaña. ¡Un mosquitero, un cazasueños! Son ustedes geniales.

HOMBRE SEGUNDO.— (*Modestamente*) No tanto..., no tanto. Aunque esta medalla la recibí por servicios meritorios.

HOMBRE PRIMERO.— Y yo, ésta.

HOMBRE SEGUNDO.— Inventé una rueda anatómica. Da vueltas cincuenta horas seguidas sobre el corazón.

HOMBRE PRIMERO.— Al fin lo paraliza. Yo organicé la destrucción sistemática de la incertidumbre.

SABELOTODO.— (*Interesado*) ¿Cómo?

HOMBRE PRIMERO.— Les pegaba un tiro en la sien. (*Ríe bestialmente*)

HOMBRE SEGUNDO.— (*Alargándole un papel a SABELOTODO*) Firme aquí.

SABELOTODO.— Haré una cruz.

HOMBRE PRIMERO.— Excelente sujeto, no sabe ni firmar.

SABELOTODO.— (*Haciéndose el inocente*) ¿Y el de abajo?

HOMBRE SEGUNDO.— ¿Quién, el suicida? Bah, fosa común. No conocemos ni su nombre.

HOMBRE PRIMERO.— Y es inútil inventar uno.

SABELOTODO.— ¡Claro, podrían poner ustedes: Carne humana.

HOMBRE PRIMERO.— (*Iniciando la salida*) Ingenioso.

HOMBRE SEGUNDO.— (*Con un dedo en los labios*) ¿Discreto?

SABELOTODO.— (*Con su gran reverencia*) Su servidor siempre. ¡Ilumíname la senda oscura! (*Salen y SABELOTODO les habla desde dentro de la guardilla*) Haré limpiar la escalera. Sí, la sanearé, la desinfectaré, la desratizaré. (*Entrando, sentándose y limpiándose el sudor*) ¡Uf! (*EL HOMBRE se ha acercado. LA CHICA aparece al borde de una chimenea. Madame Pimentón se quita los velos. LA SONÁMBULA se sienta en el tejado*).

EL HOMBRE.— Está usted traspirando.

MADAME PIMENTÓN.— (*Sin perder el ritmo de su escena*) Se enfriará. Lo mismo le sucedió al final de la guerra del 14. Voy a traer una frazada.

SABELOTODO.— Honesta credulidad.

EL HOMBRE.— (*Inquieto*) ¿Qué hacemos..., qué hacemos con esa figura?

SABELOTODO.— Tráela. (*La trae de la mano y la sienta automáticamente*) Te pertenece.

EL HOMBRE.— Siento que me giran por dentro una multitud de imágenes sin orden. Sería útil que me las enhebrara usted antes de separarnos.

SABELOTODO.— Nada más fácil. ¿Quieres que te diga quién fue el hombre recogido por los murmullos de la calle? Pues un traidor. Les pagan para espiarte. Te seguía, fomentaba tu

incredulidad en el futuro. A los que como tú salen de esa región oscura donde parte de tus amigos se consumen, les sigue un hombre, ese hombre capaz de gritarles a la espalda: «Eh, ¿no ves que ya nada es posible? ¿No ves que el mundo te ha abandonado?». Hasta es capaz de inventar la amargura y el desacuerdo, de horrorizarte con la tristeza humana sin desagüe, de proponerte teorías donde se destruye tu virilidad. Tú corres abriendo puertas a la comprensión y él las cierra; tú sigues y él persigue... En el revés de cada hoja hace temblar para ti la desconfianza. Va presentándote mendigos, seres marchitos, hombres vencidos, hembras sin pupila, andrajos.

LA RAZÓN.— Aunque el hombre no pueda alcanzar el paraíso piensa, con un resto de ternura infantil, en que un gesto de su piedad podría hacer brotar del último fondo la fuente eterna de la esperanza. ¡Oh, la invención de la esperanza!

SABELOTODO.— ¡Pero este otro hombre destruye toda posibilidad de ternura!

EL HOMBRE.— Estoy anonadado.

LA RAZÓN.— Por eso te sigue, te persigue, te contradice, te enloquece, te lleva hasta la posibilidad del crimen, hasta el crimen.

EL HOMBRE.— ¿Y quién es ese monstruo?

LA RAZÓN.— (*Sencillamente*) Tú.

EL HOMBRE.— (*Levantándose, trastornado*) ¿Yo?

SABELOTODO.— Sí, tú.

EL HOMBRE.— (*Enloquecido*) ¡Yo, yo!

LA RAZÓN.— Sí, tu peligro irresponsable, ese tú capaz de urdir guerras y levantar cataclismos inesperados o teorías.

EL HOMBRE.— (*Arrodillándose ante LA RAZÓN*) ¡Yo! Todo empieza y termina en mí. Todo es mi propiedad y mi delito. ¡Oh, qué delicada labor de recuperación espera a mi alma!

LA RAZÓN.— (*Colocándole la mano sobre la frente*) Sales de la noche más oscura de la Humanidad<sup>50</sup>.

SABELOTODO.— Eres como un niño que apenas sabe balbucear algunas palabras.

LA RAZÓN.— (*Levantándose y levantándolo*) Vamos aún por estrechos tejados vacilantes.

SABELOTODO.— Pero tu sufrimiento inspira respeto.

EL HOMBRE.— (*Reaccionando*) No quiero compasión.

SABELOTODO.— (*A LA RAZÓN*) Ilumínale, querida amiga.

LA RAZÓN.— (*A SABELOTODO*) ¡Y éste era de los mejores! ¿Qué haremos con los otros?

SABELOTODO.— Enseñarles a vivir en paz.

EL HOMBRE.— Quiero mi libertad. ¿Qué tramáis ahí en contra mía? Quiero mi libertad de ser o no ser, de creer en Dios o de odiarle, de reproducirme o de ser estéril. Quiero mi liber-

<sup>50</sup> En estas palabras de La Razón acaso resuenan los ecos mundanos («En una noche oscura») del *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz.

tad integral. (*La CHICA, que está oyendo todo desde su chimenea, adelanta unos pasos conmovida*)

SABELOTODO.— Oye, Razón, ¿estás dormida o despierta?

LA RAZÓN.— Ya dudo si estoy dormida o muerta.

SABELOTODO.— ¡Qué difícil es sacar a un hombre de un pozo!

EL HOMBRE.— (*Dirigiéndose a LA RAZÓN*) Yo sí que no supe jamás si dormías cuando me acariciabas. Ése es uno de tus peligros esenciales.

LA RAZÓN.— Pobre, eras tú el que dormías.

EL HOMBRE.— Me revienta tu airecillo de superioridad.

LA RAZÓN.— ¿Preferirías dejarte robar por el instinto inconsciente?

EL HOMBRE.— ¿Me reprochas el ser un hombre completo?

LA RAZÓN.— No, pero tu peligrosidad viene de ahí. Tu instinto fue el que me hirió en el corazón, derribándome.

EL HOMBRE.— (*Apesadumbrado*) ¡Matándote!

LA RAZÓN.— ¡Y por una chiquilla, colegiala!

EL HOMBRE.— Una razón razonable debería morir en estos años en que el mundo se tambalea.

SABELOTODO.— (*Alegre*) Comienzas a decir cosas sensatas. Pero, alto ahí. Mi voz estrafalaria de chiflado de guardilla se levanta diariamente, advirtiendo a los hombres. Es mi forma especial de adorar a Dios.

LA RAZÓN.— ¡Adorar a Dios! ¿Nunca has enriquecido tus horas con ese sentimiento?

EL HOMBRE.— (*Forcejeando*) Déjame. Debo ser un vago, un maleante, un ratero que no merece tocar tu túnica razonable y blanca. Vivo en estado continuo de peligrosidad. Déjame.

SABELOTODO.— El Hombre. ¡Éste es el Hombre, Señor, salido de la guerra! No ve casi nada, no quiere nada.

EL HOMBRE.— Sí, huir. Quiero irme a lugares tranquilos, donde llegue por la mañana la primavera con la puntualidad esperada del cartero; necesito abrir la puerta a una mujer: «Entra, la casa es tuya. Dame tu compasión. ¿Tienes los labios dulces para que liben mis abejas? ¿Te gustan los pájaros que yo traigo del bosque? Un prado nos basta». (*A SABELOTODO*) ¿Me lo puede usted dar?

SABELOTODO.— En la Edad de Oro existía la Arcadia... Ahora... No, no puedo dártelo. Lo tienes que merecer.

EL HOMBRE.— ¿Más, más aún?

SABELOTODO.— ¿Olvidas que eres un delincuente? Voy a dictar sentencia. (*Se sienta a la mesa y, mientras LA RAZÓN se apoya en su hombro y EL HOMBRE se sienta, agarrándose la frente, escribe. Se oye un ligero silbido. Es EL MUCHACHO. Los dos, LA CHICA y EL MUCHACHO, se reúnen, abrazándose*)

LA CHICA.— ¡Oh, Perseo, creí que no venías! El Dragón se está poniendo insoportable.

EL MUCHACHO.— Mi madre estaba despierta. Salté por la ventana a pesar de la censura de su silencio.

LA CHICA.— ¡Bésame otra vez por ese gesto heroico! (*Cuando van a echar a andar, LA CHICA se detiene*)

EL MUCHACHO.— (*Atrayéndola*) ¡Vamos, amor, peligro de la vida!

LA CHICA.— ¿Lo dices heroicamente?

EL MUCHACHO.— (*Tirando de ella*) Sí, me llevo a rastras a la otra parte de mi generación, a la que lleva un clavel rojo entre los dientes.

LA CHICA.— (*Soñadora*) ¡Cuántas avenidas luminosas para nuestros zapatos!

EL MUCHACHO.— (*Tironeándola*) ¿Por qué no te mueves?

LA CHICA.— ¿Y qué dirían los historiadores de mi curiosidad, si me marchase en este preciso momento?

SABELOTODO.— (*Levantándose, solemne*) Y condenamos al hombre que sufrió persecución, al inocente obligado al crimen, a llevar cargada la Razón sobre los hombros, a cubrirse de razón aunque ande y ande y esa forma blanca se pudra y se le llene la frente de gusanos. (*Dirigiéndose al HOMBRE, que se levanta muy lentamente*) Andarás por las ciudades y por los caminos produciendo terror. Pero el terror no provendrá de ti sino de ellos, que te han abandonado.

LA RAZÓN.— Luego, ¿no es culpable?

SABELOTODO.— Chist..., en este fracaso del hombre, los culpables..., pero mejor será que esta noche no los nombremos. Ve, cumple tu destino.

(MADAME PIMENTÓN, que ha entrado al comenzar la sentencia, levanta una luz. El HOMBRE levanta a LA RAZÓN en los brazos y se dirige hacia los tejados. Al

*borde final se vuelve. SABELOTODO lo despide con la mano)*

SABELOTODO.— (*Tristemente*) ¡Otro ciclo histórico concluido! ¡Andrómeda!

LA CHICA.— (*Desde su sitio*) Aquí estoy, Dragón mío.

SABELOTODO.— ¡Qué lejos!

LA CHICA.— Cuido las estrellas.

SABELOTODO.— ¿Palidecen?

LA CHICA.— Sí.

SABELOTODO.— ¡Qué lejana te siento!

LA CHICA.— Me sentaré acurrucadita en tu recuerdo, con las manos juntas como una oveja buena.

SABELOTODO.— Me gustaría un último retrato tuyo.

LA CHICA.— Te lo mandaré por correo.

SABELOTODO.— ¿Y si la ordenada destrucción de la materia en una guerra próxima impide el trabajo de los laboratorios? ¿Y si los correos deben volver a emplear las palomas blancas para semejantes ocasiones?

LA CHICA.— Volveré a ti, Dragón simbólico, tesoro inalterable de la tierra, fe en un cestillo, monstruo de la magia doméstica, sentido común.

SABELOTODO.— (*Siempre mirando al frente*) ¡Qué solos nos hemos quedado!

(*El muchacho tira de LA CHICA para llevársela*)

LA CHICA.— Sí.

SABELOTODO.— He de confesarte que el pecado del hombre, al desearte, no era muy grave. Tuve celos, chist, celos, celos... Dios mío, ¿dónde habrá puesto Maricastaña el mosquitero amortiguador de los sueños?

LA CHICA.— No importa, Dragón, yo ya me sospechaba algo.

SABELOTODO.— ¡Hermosa lucidez femenina!

EL MUCHACHO.— (*Conmovido*) ¿Y si le dejásemos de regalo la Gorgona?<sup>51</sup>.

LA CHICA.— ¡No, no, ninguna contribución sobrenatural al trabajo del hombre!

EL MUCHACHO.— Podría servirle para aniquilar enemigos.

LA CHICA.— Inocente, parecería un arma de juguete.

SABELOTODO.— ¿Dónde resuena la risa de esa niña?

LA CHICA.— Aquí, Dragón. Mi buen Dragón, ya no tendrás que manejar tus artes divinas para guardar un puñado de

---

<sup>51</sup> «Las Gorgonas eran monstruos, cuyo cuello se hallaba protegido por escamas de dragón y colmillos semejantes a los de los jabalíes. Sus manos eran de bronce y poseían alas de oro, con las que volaban. Además, su mirada era tan poderosa, que transformaba en piedra a cuantos miraba. Por todos estos motivos resultaban seres muy temibles y no era posible vencerlas sin la protección de los dioses» (Pierre Grimal, *ob. cit.*, p. 426). Sabido es que Perseo, sin embargo, consiguió cortar la cabeza de Medusa.

naranjas de oro; ya podrán desmontarte de los castillos medievales, del escudo de Inglaterra, de los iconos refulgentes, de las estampas de los niños. Tu guardada se va y guardador sin guardada mal guardador para lo que ya no hay que guardar.

SABELOTODO.— ¡Lindo acertijo de princesa! (*Volviéndose a mirarla*) ¡Eh, tú, Perseo, déjame mirarla un instante! El tiempo mágico es tan corto esta noche...

LA CHICA.— (*Corriendo hasta él y besándole la mano*) ¡Pero, mi pobre Dragón alucinado! No es la noche ya, amanece<sup>52</sup>.

SABELOTODO.— Y tú me abandonas para salvarte en ese Perseo de disciplinas clásicas...

LA CHICA.— (*Retrocediendo junta al MUCHACHO*) ¡Pronto, Perseo, el sombrero, para volvernos invisibles! (*A SABELOTODO*) Sí, me voy para que la Humanidad vuelva a empezar.

(*Desaparecen*)

SABELOTODO.— ¡Pobres! Creen aún que un sombrero invisible sirve para algo.

TELÓN

---

<sup>52</sup> Goya, «Si amanece, nos vamos». Capricho 71 (en P. Gassier, *ob. cit.*, p. 157).